



ANTONIO DAL MASETTO

**Cita en el
Lago Maggiore**

Así que no solo imputaciones venían hacia el padre desde el pasado. Volvía la permanencia de un vínculo, de una alianza que se había prolongado en el tiempo pese a todo, y que el recuerdo de las trenzas rescataba como pocos otros. Venía, en ese primer amanecer juntos en su pueblo, la evidencia, la certeza, de que aun aquello que pudiera parecer perdido, lo aparentemente extraviado, desechado, había permanecido vivo, y resurgía ahí, reeditado entre esas montañas, vigente, para que se pudiera decir: todo regresa si encuentra el sitio y el momento adecuados que abran la posibilidad del llamado y el rescate. ¿Y qué más volvía hacia él? Volvía el agradecimiento de que aquello hubiese ocurrido alguna vez y también el agradecimiento por haber recuperado el silencio y la serenidad que los rodeaba y sentirse vivir y tener conciencia de ello y saber que el día era suyo, que era de ambos. El hijo y la nieta de Ágata, el entrañable personaje de *Oscuramente fuerte es la vida* y *La tierra incomparable*, protagonizan un tercer regreso al pueblo de Tarni en esta novela inédita que completa la saga. Convertidos por derecho propio en el padre y la hija, el vínculo entre ellos es tan importante que ni siquiera necesitan nombres propios. Y es tan fuerte que logra tender puentes entre el pasado y el presente, de reunir la infancia de uno y otra; de anular, con la fuerza de los recuerdos doblemente ciertos por la transmisión del padre a la hija y la recreación de la hija para el padre, la distancia de espacio y tiempo entre Italia y la Argentina, a través de medio siglo. Cierre y cumbre de una trilogía, *Cita en el Lago Maggiore* está llamada a convertirse en un nuevo clásico de la literatura argentina, con el sello magistral de Dal Masetto.

Lectulandia

Antonio Dal Masetto

Cita en el Lago Maggiore

ePub r1.0

Thalassa 29.08.16

Título original: *Cita en el Lago Maggiore*
Antonio Dal Masetto, 2011

Editor digital: Thalassa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A todos los que volvieron
buscando lo que ya no estaba.*

*Quel mazzolin di fiori
che vien dalla montagna.*

1

Desde chiquita la hija solía repetir que el día que visitara Italia por primera vez quería hacerlo de la mano de su papá. Cuando decía Italia se refería en realidad al pueblo piamontés a orillas del lago Maggiore desde el que la familia había emigrado después de la guerra. De aquel pueblo sabía lo que le contaban la abuela, la tía, a veces también el padre. Pero eran especialmente la tía y la abuela las que la ilustraban cuando viajaba desde la Capital y pasaba los meses de verano con ellas, el tío y los primos, en la localidad de provincia donde vivían. Motivada por un nombre, un proverbio en italiano, una canción de su juventud que la abuela entonaba a media voz sentada en el banco del frente de la casa, la nena volvía sobre el tema. Quería saber.

En el garaje de aquella casa estaba el gran baúl venido en el barco a través del mar, una atracción para la hija. Había de todo ahí: dos candelabros fabricados por un bisabuelo, una lámpara de techo regalo en la boda de los abuelos, un molinillo para moler café, cuadritos con paisajes, la vieja máquina de coser desarmada, un huso para hilar lana, una caja con las estatuillas del pesebre conservadas intactas, otra caja con los adornos del árbol de Navidad, una capa de lluvia para chicos, una muñeca, cortinas al crochet, sábanas de lino, cuchillos, tenedores y cucharas de alpaca, un sombrero de hombre y otro de mujer, una tijera de podar, un cascanueces un poco torcido de tanto uso, una zapa sin mango. La lista era larga.

La hija había revisado muchas veces ese baúl, conocía las historias de todos esos objetos, pero aun así en cada visita su curiosidad se renovaba y volvía a abrirlo. Entonces, lo mismo que después de las canciones de la abuela, de los proverbios, exigía precisiones, mayores detalles, con la curiosidad y el asombro y el disfrute del niño que no se cansa de escuchar la voz que evoca para él, reiteradamente, aventuras de un mundo fantástico.

—Un día iremos juntos —le decía el padre.

—¿Cuándo? —preguntaba ella.

—Un día, pronto.

—¿Prometido?

—Prometido.

La hija había nacido en Buenos Aires en 1976. El fatídico 1976 del golpe militar que causó tanto dolor y tantas muertes. Pasó el tiempo. La hija fue creciendo. Quedaron atrás los setenta y sus horrores, quedó atrás la niñez de la hija, fue transcurriendo la adolescencia. La promesa seguía sin cumplirse.

Mientras tanto al padre se le habían presentado dos posibilidades de viajar a Italia. Las dos habían sido invitaciones a raíz de libros que había publicado, en especial un par de ellos, dos novelas que narraban la vida de una familia de emigrantes. La primera invitación, de una fundación de la ciudad de Perugia. La otra, de la ciudad de Lucca. Pasajes y breves estadías pagas. Las aprovechó. Eran sus primeros regresos después de aquella partida en el barco a los doce años. En ambas

ocasiones hizo una escapada al pueblo.

Y la promesa a la hija siguió en suspenso.

Antes de cumplir los veinticinco años, en abril de 2001, ella le comunicó que partiría a España. Y no como turista. Sino a intentar algo nuevo, a probar suerte. Se fue con su pareja de ese momento, un muchacho de su edad. Era la época en que muchos jóvenes emigraban expulsados por la crisis económica.

El padre los llevó en taxi al aeropuerto de Ezeiza. Al verla subir la escalera mecánica y perderse arriba, después de un último saludo con el brazo en alto, se acordó una vez más de la promesa no realizada.

En el camino de regreso el padre no pensó en otra cosa: la hija allá arriba volando rumbo a Europa y él acá corriendo por la autopista hacia el departamento en el centro de la ciudad con su deuda incumplida.

Al cabo de una breve estadía en Madrid la pareja decidió trasladarse a Palma de Mallorca. En Palma, la hija trabajó primero como recepcionista en una clínica y luego en una empresa de *catering*. Escribía con frecuencia, enviaba *mails*, hablaban por teléfono, lo mantenía informado. Había comenzado los trámites para revalidar en España su título de instrumentista. Se la notaba entusiasmada.

Apenas unos seis meses después el padre cobró inesperadamente algo de dinero, no mucho pero sí lo suficiente como para ir a visitarla y emprender aquel viaje al pueblo italiano que nunca habían podido realizar juntos. La misma tarde del cobro la llamó y le dijo que iría a buscarla, que volaría ya mismo, que arreglara sus cosas.

Habló con una amiga que trabajaba en una agencia de viajes, consiguió un pasaje para tres días después y armó la valija. A qué se debía esa urgencia, lo ignoraba. Una urgencia que era casi desesperación. Tal vez sintió que le quedaba una última ocasión, que si no la aprovechaba se perdería definitivamente la posibilidad de ir a su pueblo de origen con aquella pequeña que quería conocer Italia de la mano de su padre. Porque hasta ese momento, para él, ella seguía siendo la misma nena de entonces.

Tomó el avión en Ezeiza en octubre de 2001, un mes después de los ataques del 11 de setiembre a las Torres Gemelas. Algún conocido le había preguntado si no le daba miedo viajar con tantos rumores de atentados. No le preocupaban los rumores. Ni lo contagió el clima de alerta que era evidente en la seguridad del aeropuerto. Aunque cuando el avión levantó vuelo lo fue invadiendo una creciente inquietud. No por posibles atentados. Ni siquiera una vez había pensado en eso. Se trataba de otra cosa, una inquietud, por decirlo de algún modo, positiva, que lo excitaba bien. ¿Qué era? Había hecho antes esos otros dos viajes al pueblo, ¿qué cambiaba ahora?

Poco a poco creyó saber que esa fiebre que lo acompañaba era una vieja conocida, venía de lejos, muy lejos, tanto que le costaba identificarla. Había ahí algo así como una suerte de euforia de infancia recuperada, una disponibilidad y un afán saludables. Tal vez un vago regreso del chico que él había sido y sus horizontes que no tenían límites y sus expectativas y sus ansias de descubrimientos y la sensación de

absoluta libertad. ¿Se trataba de eso?

Entonces, ahí, alerta, agazapado en el asiento del avión, él era otra vez un chico que iba a enfrentarse con una aventura, que se aprestaba a ingresar en un territorio nuevo. Y la aventura, lo imprevisible del territorio en el que incursionaría, estaban determinados por la presencia de la que sería su compañera de camino, su hija.

Aquello siguió con él durante toda la travesía sobre el Atlántico. Y también después, en el aeropuerto de Barajas, donde tuvo que soportar una demora de cinco horas para la combinación a Palma de Mallorca y recorría los interminables pasillos del aeropuerto y echaba automáticas miradas a los tableros con los horarios de los vuelos y los grandes relojes redondos suspendidos.

Por fin volvió a embarcar. Una hora más tarde estaba esperando la valija junto a la cinta transportadora y, a través de una puerta que se abría y se cerraba todo el tiempo, vio a su hija que lo había detectado y le hacía señas desde el otro lado de un vidrio.

2

La hija le había reservado habitación en un pequeño y simpático hotel en el corazón de la ciudad, una zona de callejuelas por las que no pasaban coches. Le dijo:

—Los días en este hotel son un regalo mío. Después, cuando volvamos, buscaremos algo más económico, voy a hablar con gente amiga, quiero que te quedes todo el tiempo posible.

El padre se registró, dejó el bolso y fueron a conocer el departamento donde ella vivía. Eran dos habitaciones, cocina y baño en un sexto piso que compartía con una pareja de argentinos. En el dormitorio de la hija había una sola cama de una plaza. Ella le explicó cómo se organizaban con sus compañeros para las compras de alimentos y cuánto pagaban de alquiler. No era caro. Todos los restantes departamentos del edificio estaban ocupados por africanos. Cuando bajaron para salir a caminar encontraron a seis de ellos parados en la puerta de entrada, hablando fuerte en su idioma. Mientras andaban la hija le fue mostrando esto y aquello. Pese al tránsito, las mesas en las veredas de los bares ocupadas por turistas, gente entrando y saliendo de los negocios, al padre le agradó el clima de calma que transmitía la ciudad. Así se lo comentó a la hija. Llegaron a la costa y tomaron café en un bar en el extremo de un espigón. Tenían agua por tres costados. Se habían sentado uno al lado del otro, de cara al horizonte, para disfrutar de la bajada del sol sobre el mar.

—¿Cómo me ves? —preguntó ella—. ¿Cómo me encontrás?

Él le dijo que bien, que la veía firme, decidida, segura de sí misma.

—Sí —dijo ella—, me siento bien, resolví muchos problemas sola, problemas nuevos, situaciones en las que no tenía experiencia, y salí adelante. Estoy contenta por eso.

Él le preguntó por el muchacho con el que había partido.

—Está en Málaga.

—¿Qué hace en Málaga?

—No sé. Se terminó.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Dos meses después del viaje. Llegamos y todo empezó a funcionar mal.

—¿Y ahora en qué anda tu vida?

—Hay algo nuevo. Es casado. Me gusta. Me lleva algunos años. Me hace bien, me estabiliza. Es la primera vez que me meto con un tipo casado. En cualquier momento se separa. No por mí, la relación viene mal desde hace rato. De todos modos nunca me duran demasiado. Temprano o tarde siempre se acaba. Parece que no soy fácil de aguantar.

—Ya aparecerá uno que te dure.

Ella lo tomó del brazo, se inclinó, se apretó un poco contra su hombro, hizo un mohín.

—Tendría que parecerse a mi padre.

Él había girado la cabeza para mirarla y tardó en hablar.

—¿Te estás refiriendo a mí?

—¿Cuántos padres tengo?

Rió.

Él se sintió halagado. Al mismo tiempo la consideración de la hija volvía a traerle, en avalancha, todos los errores cometidos a lo largo de su existencia. Eran muchos, le pesaban cuando por alguna razón se sentía impulsado a realizar un balance. Se esforzó, sin demasiado éxito, por rechazarlos y tratar de quedarse con el elogio.

—¿Y vos cómo estás? —preguntó ella.

—Bien.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Siempre me decís que bien. Solamente eso: bien. Parece que nunca te pasa nada, nunca te preocupa nada, nunca te duele nada.

—Soy un hombre afortunado.

La hija sonrió y sacudió la cabeza.

—No me contás, no sé nada de tu vida.

—No hablo de mí.

—Está bien, pero de vez en cuando podrías esforzarte por hacer una excepción con tu hija querida.

Ahora fue el padre quien la tomó del brazo, apretó un poco, la soltó.

—¿No te parece? —insistió ella.

Él asintió subiendo y bajando la cabeza varias veces, reflexivo, pero no volvió a contestar y se quedó mirando el mar. El tema no daba para más o más bien él se resistía a que diera para más, y terminó ahí.

Cenaron en un barcito cerca del departamento donde la hija vivía y cuyos dueños eran de Mar del Plata. Se acoplaron unos cuantos argentinos más. Se armó una mesa de ocho, diez. Varios eran compañeros de la hija en la empresa de *catering*. El padre charló con algunos de ellos. Le comentaron sobre la gran cantidad de jóvenes argentinos que habían recalado en la isla, los diferentes trabajos que hacían. Por lo visto eran muchos más de los que el padre se había imaginado. Mientras escuchaba a esos muchachos y chicas se preguntaba qué hubiesen pensado sus abuelos, bisabuelos, aquellos que habían partido de Europa en los barcos para ir a probar fortuna en América, antes de la Primera Guerra Mundial, antes de la Segunda Guerra Mundial, después de la Segunda Guerra Mundial. Miles y miles y miles de hombres y mujeres que se habían deslomado en la tierra y en las fábricas, y habían formado una familia y habían levantado una casa y habían hecho estudiar a los hijos, qué hubiesen pensado ahora ante esta emigración al revés, qué hubiesen pensado de un país en el que se habían sacrificado tanto y que terminaba expulsando a sus nietos, bisnietos, tataranietos.

Recorrió aquellas caras, alegres, distendidas, en apariencia despreocupadas. Se dijo que para estos muchachos y muchachas, ahí y en tantas partes de Europa y del mundo, también se trataba de una etapa de renovación, de esperanzas. Pero en algo no era lo mismo para los nuevos desterrados, ahora se viajaba en avión, cuestión de horas, las distancias habían cambiado, en los tiempos de los barcos las partidas eran para siempre. El padre había conocido aquella otra distancia, absolutamente insalvable, de los sitios perdidos, los sitios en los que había transcurrido la niñez, allá en el fondo del tiempo. Su viejo templo de nostalgia. Era el mismo templo de todos aquellos abuelos y bisabuelos de los barcos. Tan lejano, inasible, irrecuperable. Los dos regresos del padre al pueblo no le habían servido para reintegrarse a nada. Conocía el sabor del desencanto. Por eso algunos de aquellos abuelos, bisabuelos, al final de sus vidas, cuando tuvieron oportunidad de viajar y visitar su lugar de origen se habían negado a partir, intuían qué los esperaba del otro lado, no querían enfrentarse con la gran desilusión. Ahora él se disponía a volver una vez más. Pero, lo mismo que en el avión, seguía sintiendo que el hecho de ir con su hija convertiría este regreso en diferente de los anteriores.

Fueron tres días en Palma. La hija había comenzado su licencia el mismo día de la llegada del padre. Siguieron recorriendo la ciudad. Visitaron algunos museos, la Fundación Miró, la catedral, un mercado, un castillo sobre un cerro al que llegaron trepando por una escalinata que no terminaba nunca. A cualquier parte donde fueran el idioma que más se oía, además del español, era el alemán. Al fondo de las calles siempre estaba el mar uniforme y arriba el cielo limpio. Cenaban en el mismo sitio. Después de comer el padre regresaba hacia el hotel. No era lejos, quizás unas veinte cuadras. Se desviaba un poco para bajar hasta el paseo marítimo y caminar en la suave brisa nocturna, entre la hilera de palmeras y el oscilar de los mástiles de las embarcaciones amarradas. Luego se apartaba de la costa y penetraba en el barrio donde estaba el hotel. Las callejuelas se animaban cuando oscurecía con el ir y venir de gente que acudía a los numerosos restaurantes y bares, abiertos como cuevas en las altas paredes antiguas. Cruzaba entre la multitud acompañado por la tentación de meterse en el estruendo de una de las cuevas y pedir una copa de alcohol. Hacía años que no tomaba alcohol. No podía permitirse tropezar ahora. Ya frente al hotel, se detenía un momento para girar la cabeza y echar una última mirada hacia aquel mar de gente moviéndose en la luz tenue de los faroles y sentir que, una vez más, había superado la prueba. Subía a su habitación que era absolutamente blanca. Las paredes eran blancas, las puertas, los muebles, la colcha de la cama, los tapizados de los sillones, las baldosas del piso. Se frenaba al ingresar, tanta blancura le imponía respeto, se sentía un intruso, obligado a avanzar con cautela, casi en puntas de pie. Pensaba: ¿este sitio es el trampolín de algo? ¿Un lugar de iniciación, de purificación antes del salto? Se acostaba, apagaba el velador y, los ojos abiertos en la oscuridad, seguía dándole vueltas a esas ideas de la purificación y el salto, hasta que el sueño se lo llevaba.

3

Partieron. Durante el vuelo la hija habló de sus planes en Palma; por el momento estaba decidida a quedarse, el lugar le agradaba, cuando le revalidaran el título de instrumentista muchas cosas cambiarían, ¿no le gustaría a él venirse a vivir a Mallorca?, no de inmediato, pero tal vez en algún momento más adelante podría considerarlo, ¿qué le parecía?

A medida que hablaba se iba entusiasmando cada vez más con la posibilidad de la venida del padre y siguió con el tema durante un largo rato: él podría hacer esto y lo otro para arreglar sus cosas allá en la Argentina y después hacer esto y lo otro para acomodarse acá en España y después y después y después. Iba encontrando soluciones para todo. El padre conocía esos arrebatos suyos y sabía que no tenía sentido intentar frenarla, no lo conseguiría, así que la dejó decir.

Finalmente ella calló y se quedó mirándolo, como si fuera posible una respuesta inmediata.

El padre solamente dijo:

—Tendría que analizarlo muy bien.

—Sería bueno estar cerca. ¿No te parece?

—Sería bueno.

—¿Estarías dispuesto a pensarlo?

Le contestó que sí. Pero era un sí que no quería decir nada. De todos modos el entusiasmo de la hija lo dejó pensando. Le gustó que se lo propusiera.

En el aeropuerto de Malpensa averiguaron que había un ómnibus que los llevaría a la estación central de Milano. Debían apurarse si querían tomarlo. Salieron a la calle a paso rápido y les preguntaron de dónde partía ese ómnibus a dos policías jóvenes que estaban parados al borde de la vereda, conversando, de espaldas a ellos. Uno, girando un poco la cabeza, sin mirarlos, sin hablar, señaló una plaza con un gesto que denotaba más fastidio que intención de informar. Resultó tan evidente que la hija preguntó si todos eran tan descorteses por esos lados.

—Solamente en Milano —contestó el padre.

Alcanzaron el ómnibus justo en el momento en que estaba por partir. Antes de que llegaran a sentarse ya había arrancado y tomaba velocidad. Corrieron por una autopista con mucho tránsito, bordeada por campos y bosques desdibujados en la neblina. No fue un viaje corto. El padre miraba por la ventanilla y sentía que todavía no habían pisado tierra firme, que seguían en tránsito, no podía volverse hacia su hija y decirle: «Llegamos».

El ómnibus los dejó a unos doscientos metros de la estación. Había un tren para el pueblo dentro de dos horas. Sacaron boletos después de esperar detrás de una japonesa joven, con cara de desesperación, que parecía haberse extraviado y no lograba hacerse entender por el empleado. Subieron la escalinata que llevaba a los

andenes. Abajo, arriba, la estación era un hormiguero. Se sentaron en un bar. Estaba lleno. Había mucho ruido. En la mesa de al lado una pareja mayor protestaba casi a los gritos por el atraso de su tren, el camarero discutía con el empleado que estaba detrás de la barra y que demoraba demasiado los pedidos. Cuando por fin los atendió pidieron una gaseosa y un café.

—Bueno, ahora estás en Italia —dijo el padre—, empezás a estar.

—Sí —dijo la hija.

En el bar había un televisor. Pasaron imágenes de las Torres Gemelas. El padre las había visto cantidad de veces, en Buenos Aires, en Palma y ahora acá: aviones estrellándose, torres incendiándose y derrumbándose, cuerpos humanos arrojándose al vacío. Echó una rápida mirada alrededor. La gente observaba masticando su sándwich, rasgando el sobre de azúcar para el café, con un interés distante, aparentemente privada de asombro o cualquier tipo de emoción, atrapada apenas un momento, solo un momento, por la grandiosidad de la escena lejana y pasajera, un episodio más de los tantos, reales o de ficción, que cada día llenaban de violencia las pantallas de los televisores.

A las torres siguieron imágenes de un accidente en cadena en una autopista, la paliza a un africano por parte de una patota, la llegada a Fiumicino de una estrella de cine, la entrevista a un futbolista. Anunciaron que a continuación, después de los comerciales, pasarían sus tres goles del último domingo. Entonces, con los goles, la gente en el bar pareció demostrar más interés y en varias mesas hubo movimientos de sillas para ubicarse mirando la pantalla.

La hija señaló unas cabinas telefónicas, fuera del bar.

—En algún momento tendré que hacer algunos llamados a Palma.

El padre sacó del bolsillo un billete de diez euros y se lo dio:

—Allá, en aquel quiosco de diarios, andá y pedí una tarjeta telefónica para llamadas internacionales.

—¿Cómo la pido?

Le explicó. Ella escuchó una sola vez, memorizó, repitió mentalmente moviendo los labios, se levantó y caminó decidida a través de la gente. La vio parada frente al quiosco, esperando su turno, había dos personas delante de ella. Pensó que estaba orgulloso de su hija. ¿Se lo había dicho alguna vez? Seguramente no. Ni siquiera insinuado. Hubiese bastado tan poco, un par de frases. Las palabras adecuadas jamás habían sido pronunciadas. Sintió el deseo imperioso de que llegara el momento de poder reparar lo que de pronto se le aparecía como una falta. ¿Pero qué momento debía esperar?, se preguntó. Todo momento era bueno, todo momento era el mejor. ¿Por qué no ahora?

La hija regresó levantando la tarjeta a la altura de la cabeza, triunfadora. Se sentó.

—Mis primeras palabras en Italia.

Llegaron la gaseosa y el café. Se oyó un parlante anunciando una serie de arribos y partidas.

Aquella voz, deformada, cubrió todos los demás ruidos. En el otro extremo de los andenes el padre vio el cartel de la sala de espera. Tuvo una imagen de sí mismo niño en aquella sala. Suponía que había sido ahí y no en otro lugar de la estación. Dijo:

—Cuando era chico veníamos del pueblo y acá tomábamos un tren para el Véneto, donde vivían los padres de mi papá, en una aldea de montaña. Acabo de acordarme de cierta vez. Viajábamos él y yo, estábamos haciendo tiempo, como ahora. Él me había sentado en la valija, me dijo que esperara y supongo que fue a comprar cigarrillos. Quedé solo en medio del ir y venir de gente, y entonces algo me pasó, me puse tenso, muy tenso, comencé a sospechar.

—¿Sospechar?

—Así lo recuerdo. Puedo verme, sentado, mirando alrededor, estudiando las caras, en total estado de alerta, sospechando.

—¿De qué sospechabas?

—No lo sé. Solamente me llega esa impresión. Y es fuerte. Todavía hoy puedo sentirla.

—Entonces empezó bien temprano.

—¿Qué cosa?

—Eso de sospechar. Después seguiste igual.

—¿Cómo igual?

—Igual, sospechando todo el tiempo de todo y de todos.

—¿Eso te parece?

—Por supuesto. ¿No te diste cuenta? ¿Nunca lo pensaste? ¿Nadie te lo hizo notar? Siempre me resultó divertida esa manera tuya de mirar a la gente y en general lo que ocurría a tu alrededor.

—¿Qué manera de mirar?

—Esa, sospechando. Todo el mundo bajo sospecha. Era chica y podía anticiparme y adivinar cómo ibas a comportarte ante determinadas personas o circunstancias.

—¿Qué personas, qué circunstancias?

—Gente que te presentaban. Por ejemplo, padres de compañeros del colegio. Más tarde, amigas y amigos míos que me venían a buscar a casa para salir a dar una vuelta o ir al cine —la hija rió con ganas—. El gran sospechador.

El padre sonrió.

Por segunda vez en el día se sintió especialmente bien. Primero en el avión con el interés de la hija para que fuera a vivir a Mallorca cerca de ella, ahora con este comentario risueño y cómplice de aquellos recuerdos de su niñez y adolescencia. Estaban viajando juntos, estaban solos, y quizás en esta situación nueva se originara también una nueva forma de comunicación.

Vio que el tren que les correspondía acababa de entrar en el andén.

—Llegó —dijo.

Le hizo una seña al mozo y pagó.

Entonces iniciaron la última etapa. Oscurecía ya. Pasaron estaciones, pueblos

iluminados. El tren comenzó a subir. Bosques oscuros a ambos costados, perfiles de montañas contra el cielo en el que despuntaban las primeras estrellas. En algún momento el padre detectó el lago.

—Ahí está —dijo.

Y no agregó más.

Bajaron en una parada donde no había nada, salvo la pequeña construcción de la estación junto a una alta pared rocosa. Todavía hubo que esperar un ómnibus que los llevaría al pueblo. Tardó en llegar. Después corrieron por un camino paralelo a la orilla. El ómnibus los dejó frente a un embarcadero. A partir de ahí el padre podría haber empezado a contar, porque todo lo que veían tenía su historia, pero se mantuvo en silencio. No valía la pena recordar ahora que era de noche.

Cruzaron, hacia arriba, el pueblo semidesierto. Solamente vieron un par de bares abiertos.

—Por lo visto acá la gente se recluye temprano —comentó la hija.

Llegaron al hotel. No era grande, planta baja y primer piso, en un tiempo había sido un convento. El padre ya lo conocía. En principio tomaron una habitación por una semana, en todo caso luego prolongarían la estadía unos días más. Preguntaron si todavía estaban a tiempo para la cena, les dijeron que debían apurarse, dejar las valijas y bajar ya. Así lo hicieron.

En el comedor solo había cuatro mesas ocupadas y en todas estaban terminando de cenar. El hombre que atendía era un flaco pelirrojo, se movía erguido, con pasos que tenían algo de marcial, hacían pensar en un militar desfilando o un muñeco a cuerda. Después de servirles se instaló junto al padre y la hija y no paró de hablar. Comenzó presentándose, su nombre era Enio, había nacido y se había criado en el pueblo, si necesitaban algo, una información, lo que fuera, estaba a su disposición, conocía a todos y todos lo conocían a él, a cualquier lugar donde fueran bastaba que nombraran a Enio y serían bien atendidos, dentro de unos días habría una importante procesión de la Virgen que recorrería los valles en varias etapas, también fuegos artificiales sobre el lago, los fuegos artificiales competían en un campeonato regional, ahí y en los pueblos de los alrededores eran meses de muchas actividades, culturales, gastronómicas, deportivas, cada una en diferentes fechas, para que el que quisiera pudiera concurrir a todas, ya les acercaría folletos ilustrativos, la última había sido una semana trágica, dos accidentes fatales, uno en la montaña, un alpinista, el otro en el camino que bordeaba el lago, una mujer en bicicleta arrollada por un camión, últimamente estaban alarmados por la desaparición de una gran cantidad de gatos en la zona, casi todos negros, podrían haber sido robados para utilizarse en ritos esotéricos. Esto último lo dijo bajando la voz. Lo llamaron desde la cocina y se alejó.

—Por fin se fue —dijo la hija bufando—, es una ametralladora el desgraciado.

Después de cenar fueron a sentarse en el bar que estaba junto al comedor y pidieron café y té. A través de un ventanal se veía un jardín iluminado, rodeado por una galería, arcadas, columnas con enredaderas, muchas flores, un aljibe en el centro.

Era una imagen que transmitía serenidad.

—Agradable —dijo la hija.

El padre asintió. Pensó que era un buen comienzo.

Se habían despertado temprano. Mientras el padre permanecía asomado al balcón y aspiraba el aire fresco observando el vuelo solitario de un gran pájaro oscuro, muy arriba, y los pequeños pájaros que saltaban de rama en rama en el jardín del hotel, la hija salió del baño donde acababa de ducharse y se peinó frente a un espejo. Oyó que le preguntaba:

—¿Todavía te acordás de cómo se hacen las trenzas?

La miró sorprendido:

—¿Por qué suponés que yo sé o supe hacer trenzas?

—Porque cuando era chica siempre me las hacías.

¿Trenzas? La memoria comenzó a hurgar. Y lo que rescató fueron los fines de semanas que pasaban juntos en el pequeño departamento de la calle Paraguay, en el Bajo, donde él había ido a vivir después de separarse de su madre. Y sí, así era: las trenzas. ¿Antes o después de desayunar? Recuperó imágenes, ella sentada en un banquito, él arrodillado detrás, el placer que le producía esa tarea, su cabeza de niña, la suavidad de sus cabellos en los dedos, primero una trenza, lentamente, con esmero, la cinta y el lazo, luego la otra, el lazo final y el tironcito acompañado de la palabra: «Listo».

Una sensación de ternura le invadió la garganta. ¿Cómo se le podía haber olvidado? Sintió que la mañana acababa de estropearse un poco. Nada grave, se dijo, una mancha sin consecuencias, una nube pasajera. Esa nube quedaría disuelta en algunos minutos, apenas dejaran la habitación y bajaran por la escalera a desayunar y después salieran al aire libre y empezaran a recorrer el pueblo. Sin embargo ahora se sentía incómodo. Y la incomodidad iba en aumento.

Miró alrededor, quizá buscando ayuda en los árboles, el cielo despejado, las montañas, la luminosidad que crecía. Lo que se había dicho era algo que oído desde afuera, por alguien ajeno, hubiese significado apenas un breve diálogo intrascendente, un par de frases emitidas para llenar el espacio de los primeros momentos del día. Pero él, puesto en evidencia en su olvido, se sentía desarmado, descubierto en una falla que se agigantaba hasta adquirir —otra en la larga lista— el peso de una culpa. Porque, una vez más, esa mínima traición de la memoria lo devolvía a lo que había sido toda su historia de padre: torpezas, descuidos, abandonos, tantas deudas acumuladas a lo largo de los años con su hija niña y adolescente. ¿Cuántas cosas se le habían borrado de aquellos tiempos del departamento del Bajo? ¿Cuánto había para saldar?

Aquella había sido una época confusa, bochornosa, con problemas de trabajo, de dinero. Y el alcohol seguramente había contribuido a crear grandes nebulosas en su cabeza. Una ola acababa de tomarlo por sorpresa y lo revolcaba en el fondo y nada podía hacer salvo esperar que esa fuerza se aplacara y se retirara.

Y su hija, ¿por qué se había acordado? ¿Le estaba exigiendo algo? No que

volviera a hacerle las trenzas, pero la paz de la hora, con el canto de los pájaros allá afuera, su padre detenido en la claridad del balcón, quizá la habían devuelto por un momento a aquel ritual afectivo, protector, la seguridad de unas manos grandes cubriéndola, amparándola. Entonces la pregunta que había formulado era una manifestación de complicidad.

Así que no solo imputaciones venían hacia el padre desde el pasado. Volvía la permanencia de un vínculo, de una alianza que se había prolongado en el tiempo pese a todo, y que el recuerdo de las trenzas rescataba como pocos otros. Venía, en ese primer amanecer juntos en su pueblo, la evidencia, la certeza, de que aun aquello que pudiera parecer perdido, lo aparentemente extraviado, desechado, había permanecido vivo, y resurgía ahí, reeditado entre esas montañas, vigente, para que se pudiera decir: todo regresa si encuentra el sitio y el momento adecuados que abran la posibilidad del llamado y el rescate. ¿Y qué más volvía hacia él? Volvía el agradecimiento de que aquello hubiese ocurrido alguna vez y también el agradecimiento por haber recuperado el silencio y la serenidad que los rodeaba y sentirse vivir y tener conciencia de ello y saber que el día era suyo, que era de ambos.

La hija seguía frente al espejo. Él la observaba desde el balcón: una estampa antigua, tenue, bella, bañada de luz, lenta de movimientos, sin prisa, sin otra exigencia que la de su propio abandono y disfrute del momento. Esa imagen era una promesa. El padre tuvo la certeza de que nada de cuanto veía y sentía podía ser empañado.

Avanzó dos pasos hacia el interior de la habitación. La ola que lo había golpeado comenzaba a retirarse.

—Sí, ya me acuerdo —dijo—. Te hacía las trenzas todas las mañanas.

Ella giró levemente la cabeza para mirarlo:

—Sí, todas las mañanas.

Él fue a sentarse en una de las camas. Preguntó:

—¿Te acordás bien de la época del Bajo?

—Cómo no me voy a acordar, fue una época importante para mí.

—¿Importante?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos, era feliz.

—¿Te acordás de qué comíamos esos fines de semana?

—Perfectamente.

—Siempre lo mismo. Eran tiempos de pobreza, yo estaba sin trabajo. Contaba los centavos. Té con leche y galletitas untadas con queso, eso para el desayuno. Y después arroz, fideos, papas fritas, un huevo frito, rara vez carne. Ninguna variante.

—A mí me encantaba lo que cocinabas.

—¿En serio?

—En serio.

—Tu madre cocinaba muy bien y muy variado.

—A mí me gustaba lo que me hacías vos. Esperaba los fines de semana. No solo por la comida, por supuesto. La pasaba bien. Mejor que con cualquiera, mejor que en cualquier otro lugar.

El padre permaneció pensativo, observándole la nuca. Siguieron unos minutos de silencio.

—Una vez en esos días sentí miedo.

Ella se dio vuelta:

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Estábamos en el departamento, me dijiste: «Tengo hambre». Siempre lo decías a determinadas horas. Pero ese día me sonó diferente.

—¿Cómo diferente?

—Eso lo recuerdo con claridad, por la cabeza se me cruzaron estas ideas: ¿Y si no pudiera darle de comer? ¿Si no tuviera para darle de comer? ¿Si no tuviera nada, nada? Fue terrorífico. Esa es la palabra. Creo que todo lo que había visto, en la realidad, en el cine, en fotos, lo que había leído sobre el hambre en el planeta, la desnutrición, el sufrimiento y la mortandad infantil, se me vino encima de golpe, por primera vez de esa manera, por primera vez con conciencia real. «¿Y si no pudiera?», me preguntaba. Realmente sentí miedo. Y todavía con esa sensación de miedo fui a mirar qué había en la heladera.

Ahora ella, sin dejar de cepillarse, vino a sentarse en la otra cama, frente a él.

—Pero nunca me dejaste sin comer.

El padre sonrió apenas.

—¿De qué otras cosas te acordás?

—La plaza San Martín. Íbamos siempre.

—¿Qué más?

—Aquel bar al que me llevabas los sábados después de mediodía y donde conocías a mucha gente.

«Y donde se tomaba alcohol en abundancia», pensó él.

Dijo:

—Ese bar estaba a la vuelta del departamento. Nos quedábamos hasta que oscurecía. ¿No te aburrías?

—No. Iban otros padres o madres con chicos. ¿Serían todos separados? Los chicos ya nos conocíamos, jugábamos, corríamos entre las mesas. Teníamos prohibido salir a la calle. Había varios toneles llenos de maníes, uno se podía servir, el piso estaba cubierto de cáscaras y crujían al caminar.

—¿Y de qué más te acordás?

—Me leías poemas de tus poetas favoritos.

—¿Qué otras cosas?

—El cine.

—No me parece que hayamos ido demasiado al cine.

—Vi muchas películas con vos. Todas las de aquella época para mi edad.

—No creía que fueran tantas.

—Te las podría nombrar. También íbamos a visitar a un amigo tuyo, a veces nos quedábamos a dormir. Tenía un jardín grande, comíamos afuera, en general había otros invitados y las sobremesas eran largas y al final de la comida vos te subías a uno de los árboles y hablabas con los demás desde allá arriba.

—Eso ocurría después de unos cuantos vasos de vino. Siempre que podía terminaba trepándome. No solamente en la casa de ese amigo.

—Sí, en cualquier parte donde hubiera árboles.

—¿Y vos qué sentías? ¿No te daba vergüenza de tu padre?

—Para mí era normal verte arriba entre las ramas.

La hija había terminado de cepillarse y ahora daba vueltas por la habitación, iba y volvía del baño. Estaba acomodando sus cosas. Sus cosméticos, su ropa, su música, el par de libros que había traído. Lo hacía con gran prolijidad. El padre admiraba esa capacidad suya de tomar posesión de los lugares. No importaba si pensara quedarse unos pocos días o se estuviera instalando para siempre. Tomaba posesión, fijaba el tiempo. Él en cambio siempre estaba como de visita, tanto en un hotel como en su propia casa. Siempre de paso. Se dijo que debía aprender de ella, que había ahí una lección que debía aprovechar.

Por fin la hija se colgó una mochilita del hombro y dijo:

—¿Bajamos? Tengo muchas ganas de salir a caminar.

Cuando salieron del hotel el padre se detuvo con la intención de preguntarle a la hija adónde quería que fueran primero, pero ella se le adelantó:

—Vamos por allá.

Lo dijo con autoridad, como si supiera en qué geografía se movía.

—Bien —dijo el padre.

Tomaron por una calle en bajada, entre casas de dos y tres pisos y coches estacionados de cualquier manera. Había flores en ventanas y balcones. Cruzaron una plazoleta empedrada y pasaron frente a una iglesia en el momento en que tocaban las campanas. La hija se detuvo a mirar la fachada —importante, escalinata, columnas altas— y preguntó si era la iglesia principal. El padre contestó que sí, ahí se habían casado sus padres, ahí fueron bautizados y tomaron la primera comunión él y su hermana.

—Después vendremos a verla —dijo la hija.

—Bien —dijo el padre.

Siguieron bajando, ahora por una calle poco ancha, donde no daba el sol, con negocios a ambos lados. La hija siempre dirigiendo la marcha. Se detenía bruscamente cada tanto, se inmovilizaba unos segundos, interesada vaya a saber por qué cosas, giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro, los ojos ávidos, volvía a arrancar con ímpetu para frenarse unos metros más allá, parecía un pájaro, era como si le faltara tiempo para ver todo lo que se le ofrecía. El padre la observaba, entre divertido y curioso. Tenía mucho para contarle de esa calle y las anteriores, de cada uno de los rincones por los que habían pasado. Pero estaba pendiente de aquel comportamiento tan particular, esperaba preguntas que no llegaban. Por lo tanto se limitaba a acompañarla sin hablar.

La hija dijo:

—Así que acá era.

Hacia los costados, de tanto en tanto, se abrían unas callejuelas muy estrechas que se perdían en la sombra. La hija se asomaba a cada una y se quedaba mirando.

—¿Adónde llevan estas callecitas?

—Por ahí, a cualquier parte.

Pareció que la hija iba a meterse en una, pero después siguió adelante. Desembocaron en la gran luz de la costa del lago y de nuevo ella dijo:

—Así que acá era.

Había confiterías con mesas al aire libre, sombrillas, canteros y balcones rebosantes de flores, mucho color.

También ahí, igual que en Palma, sentados tomando cerveza desde temprano y caminando entre los canteros había grupitos que hablaban alemán, el temido y odiado idioma en algunos años de la niñez del padre.

Cruzaron la calle y pasaron frente al embarcadero donde los había dejado el

ómnibus la noche anterior. El padre explicó que antes los transbordadores salían desde ahí, ahora sobre los pilotes de madera había un bar cuyos ventanales daban al agua, vendrían a tomar algo.

Caminaron a lo largo de la orilla, junto al parapeto. Se encontraron con un pescador. Al pasar se fijaron en el balde con agua colocado a la sombra de un árbol donde nadaban cuatro peces de tamaño mediano. Un poco más allá estaba el embarcadero nuevo. Partía un transbordador y se detuvieron para ver cómo maniobraba y luego enfilaba hacia la orilla opuesta y se alejaba. Había una gran paz bajo el cielo.

Desde la salida del hotel la hija solamente había hecho un par de preguntas y ahora hacía rato que se mantenía en silencio.

—¿Por dónde seguimos? —preguntó el padre.

Ella señaló el puente que se veía al fondo.

—Por allá.

Alcanzaron el puente, comenzaron a cruzarlo y se detuvieron en la mitad. El padre explicó que ese era uno de los dos ríos que bordeaban el pueblo, uno por cada lado, ya irían a ver el otro, cuando llegaba la época de las crecidas las aguas subían unos metros, las crecidas eran repentinas y se llevaban todo lo que encontraban a su paso, animales, árboles y también gente. Era un espectáculo ver la furia del agua.

Ahora el padre miraba las piedras que cubrían las orillas. Las reconocía como se reconocen lugares, objetos o incluso personas. Piedras de todos los tamaños. Las había muy grandes, enormes rocas sueltas. Piedras antiguas. Estaban ahí como habían estado antes, iguales en el largo tiempo que las precedía y también las esperaba, las mismas de cuando él se había ido, las mismas de cuando había nacido, las mismas de cuando sus padres, abuelos, bisabuelos, anduvieron esos caminos. En algún momento del año desaparecerían bajo las crecidas y luego volverían a aflorar, a veces variadas de posición, corridas de lugar por la fuerza del agua.

—Yendo por esa calle que bordea la orilla estaba la fábrica donde trabajaba mi padre. Una vez me llevó. Había un gran patio. Tenían un zorro. Lo que no puedo recordar es si estaba en una jaula o atado con collar como los perros.

Anduvieron alejándose del centro del pueblo. Varias veces la hija se detuvo y giró en redondo para mirar las montañas que se elevaban por los cuatro costados. El padre podía ver la concentración y la seriedad en los ojos. Pensó que parecía una hija diferente de la del día anterior, una hija que se le había ido, que de algún modo se había distanciado de él, independizada, entregada a su propia experiencia sin esperarlo, avanzando sobre ese territorio nuevo sin esperarlo, apropiándose sin esperarlo.

Allá abajo, en la orilla, otro pescador. Se detuvieron porque en ese momento estaba recogiendo la línea y había un pez enganchado.

—Venía siempre a pescar —dijo el padre—, todas las veces que podía.

—¿Acá mismo?

—No, acá no. Montaba en la bicicleta y me iba lejos. Tenía mis lugares.

—¿Lugares secretos?

—De alguna manera eran secretos. No le contaba a nadie dónde estaban. Me molestaba mucho si encontraba a alguien pescando por ahí.

—¿Eras buen pescador? ¿Peces grandes?

—No tan grandes, pero siempre me llevaba una buena cosecha a casa. Cuando llegaba de la fábrica mi madre los limpiaba y después los freía para la cena. Para mí era la comida más sabrosa.

—¿También pescabas en los ríos?

—No con caña. No se pescaba nada con caña. Iba con una maza de herrero.

—¿Una maza?

—Durante largos trechos los ríos tienen poca profundidad, por lo menos en verano, el agua apenas te llega a las rodillas, a veces menos que eso, salvo en algunas zonas donde se forman grandes pozos, ahí íbamos a bañarnos. Recorría los ríos dando mazazos sobre las piedras que emergían. Si abajo había peces salían a flotes, aturcidos, las panzas blancas hacia arriba, llevados por la corriente, era cuestión de tomarlos.

El camino se desviaba un poco de la orilla y luego volvía a encontrarse con el lago. En esa zona se veían casonas que eran como palacios con grandes parques y fuentes y estatuas.

—Los dueños eran gente rica y misteriosa. Conocíamos los nombres de algunos. No eran del pueblo. Creo que venían unos días al año. Los chicos pasábamos frente a los portones y espiábamos para adentro. Acá vi por primera vez un pavo real. En una de las casonas los alemanes tuvieron prisioneros a cuarenta y tres partisanos que después fusilaron. Uno se salvó. Antes de llevarlos al lugar donde los fusilarían los hicieron desfilar por varios pueblos llevando un cartel que decía: «¿Son estos los libertadores de Italia o son bandidos?». Vaya a saber quién vive ahora en estos palacios. Me dijeron que uno es propiedad de un jeque árabe, que ahí se hacen grandes fiestas, con invitados famosos que vienen desde todas partes.

Siguieron. La hija había vuelto a su mutismo. «A su independencia», pensó el padre.

Venía un coche de frente y se arrimaron al parapeto. El coche pasó y volvieron a andar. El padre, detrás de la hija, aminoró el paso para dejarla ir y tenerla un poco lejos y poder mirarla como un elemento más del paisaje. Así fue como comenzó a verla, integrada al paisaje. Se detuvo para que continuara alejándose mientras en su cabeza una idea se esforzaba por aflorar. Se esforzaba, se esforzaba, pero no acababa de tomar forma. Cerró los ojos con fuerza, los volvió a abrir y allá seguía la hija con su paso lento y al fondo estaban las islas y la estría de un bote a motor sobre la superficie lisa y las montañas altas y oscuras.

Había unos escalones que bajaban entre arbustos. Ella sin darse vuelta, sin consultar, bajó. El padre la siguió. La hija se había detenido junto al agua. Un oleaje

leve rumoreaba entre las piedras. Toda la orilla estaba cubierta de piedras. Él se sentó sobre una.

—Me acordaba mucho de las piedras —dijo.

Ella lo miró, miró la franja pedregosa y nuevamente a él.

—¿Por qué las piedras?

—Supongo que porque estaban siempre ahí, en todas partes, eran una presencia familiar, una presencia amiga, piedras de todo tipo, de todas las tonalidades, de todas las formas y tamaños, calientes bajo el sol del verano, heladas en invierno. Por supuesto me acordaba también de muchas otras cosas, pero las piedras aparecían inevitablemente, y entonces me venían ganas de tocarlas.

—Ahora podés hacerlo.

—Ya lo intenté las otras veces que vine.

—¿Y qué pasó?

—No es lo mismo.

—¿Qué cosa no es lo mismo?

—Nada es lo mismo.

Ella se acuclilló, tocó una piedra, luego otra, las acarició. Estuvo un buen rato como estudiándolas y pasándoles suavemente la yema de los dedos. No levantó ninguna. El padre la observaba con interés extremo, de nuevo sentía que estaba a punto de descubrir algo y no lograba saber qué. En ese deslizarse de los dedos sobre las piedras lavadas, lisas, pulidas, le parecía percibir una promesa de aquello que él no había podido, el comienzo del camino para el reencuentro que no había logrado en cada uno de sus regresos anteriores.

Después ella se enderezó y se alejó bordeando el agua y otra vez la tuvo lejos, de perfil, mirando hacia la otra orilla. Una gran nube solitaria tapó el sol. La nube pasó y hubo un estallido de luz sobre la superficie. Aquel fogonazo de claridad, la ceguera que le produjo, hicieron que el padre se sintiera por un momento perdido y cuando regresó de ese extravío supo que se había producido un cambio. No pudo precisar qué había cambiado, pero al ver las mismas piedras de segundos antes, los escalones que subían al camino, los arbustos, lo alcanzó la evidencia de que ahora aquello se le había acercado un poco. Tenía algo del sabor, la cercanía y la intimidad de hacía tantos años, antes de partir lejos de esos lugares. Y creyó saber que esa aproximación, tal como lo había vislumbrado en el vuelo sobre el Atlántico, se producía debido a la incorporación de la figura de su hija. Y que quizás estaba empezando a ver todo aquello que lo rodeaba —lago, montañas, islas, calles, puentes— a través de los ojos de ella.

Habían ido al pueblo para que él le sirviera de guía, para llevarla de la mano, para enseñarle, para informarle, para que ella supiera de dónde habían venido los que la precedieron, para que a la historia de su vida se engarzara un eslabón nuevo y de ese modo hacerla más completa. Pero ahora el padre se preguntaba si en los días que vinieran no terminaría siendo ella la que guiara, la que lo llevara de la mano, la

mediadora, la que le permitiera regresar y acceder al archivo de las cosas perdidas.

Sentado sobre la piedra, sorprendido, en estado de alerta, consideraba y trataba de entender la inversión de roles que tal vez se estaba llevando a cabo.

Mientras desayunaban le contó que de chico una de sus grandes pasiones eran los pájaros. Enumeró las especies de la región, los plumajes, tipos de canto, hábitos, nidos, colores de huevos. Le explicó las diferentes formas de cazarlos. Con las nevadas resultaba más fácil, andaban hambrientos, bastaba con despejar de nieve un pedazo de terreno y ahí colocar las tramperas, los pájaros acudían a buscar alimento. Cuando encontraba nidos se llevaba los pichones, les daba de comer y de tomar dejando caer migas de pan empapadas en leche y gotas de agua en los picos abiertos hacia arriba. Tenía cantidad de jaulas en su casa y pájaros de todo tipo. Aunque había algunos difíciles de conseguir. La primera y única vez que robó dinero fue para comprarle a un muchacho un pájaro que deseaba mucho tener. Dinero del que su madre separaba cuando cobraba el sueldo en la fábrica y guardaba en el cajón de una cómoda, bajo la ropa. Seguramente no fue gran cosa, una pequeña cantidad, de todos modos robó. Iba al colegio de monjas, los llevaban a misa, se confesaban, pero él nunca confesó ese robo. Había pájaros que no soportaban el cautiverio, los encontraba muertos en la jaula. Le daba pena. ¿Cuántos habrán sido? Muertos por su causa. Después, de adulto, sintió que estaba en deuda con los pájaros en general. Una deuda de verdad.

Apenas dejaron el hotel cayeron las primeras gotas. El cielo estaba negro. Grandes nubarrones tapaban las montañas, ya no se las veía. Poco después empezó a llover, corrieron y se cobijaron bajo una arcada, frente a una plazoleta con una estatua en el centro.

—En esa plazoleta había un puesto de diarios. Ahí compraba una revista cada semana o tal vez cada quince días, a veces la revista no llegaba, se atrasaba, me impacientaba mucho, venía mañana y tarde a preguntar. Eran historietas de aventuras, en la selva, en el mar, en todos los continentes. Todas basadas en novelas de Emilio Salgari. La revista se llamaba precisamente *Salgari*.

—¿Cuál era tu héroe favorito?

—Sandokán.

—¿Cómo era?

Le explicó que las historias de Sandokán transcurrían en Malasia, en la India, era un príncipe que había sido despojado de su trono por los británicos, quienes asesinaron a su familia. Convertido en pirata luchaba contra el colonialismo inglés. Sandokán, el Tigre de la Malasia, defensor de los débiles, campeón de las causas justas.

—Pese a mi mala memoria me acuerdo perfectamente de los nombres de sus compañeros de aventuras: Yáñez, Tremal-Naik, Kammamuri, Sanbigliong. Y la hermosísima mujer que amaba, Mariana, la Perla de Labuán.

Citó también algunos títulos de la serie: *Los tigres de Mompracen*, *Los misterios de la Jungla Negra*, *El rey del mar*, *La caída de un imperio*. Se dio cuenta de que se

iba entusiasmado como un chico mientras contaba.

—Después, a medida que iba creciendo, leí libros de todo tipo, grandes autores, muy grandes, pero nunca la imaginación voló tan alto ni con tal felicidad como con Salgari. Cuando tengas un hijo deberás darle a leer sus novelas.

—Esa es tarea del abuelo.

El padre no hizo comentario. Era la primera vez que se veía impulsado a pensarse como abuelo. Se trataba de un término que, aplicado a sí mismo, no le caía simpático.

Anduvieron pegados a las paredes, protegiéndose bajo los aleros y los balcones. Pasaron por un negocio que vendía paraguas y entraron a comprar uno. Tomaron por una calle ancha, en subida, bordeada de árboles y casas con jardines. Doblaron un par de veces, siguieron subiendo, ahora por un camino angosto, las construcciones se fueron raleando. Había dejado de llover.

—¿Adónde vamos? —preguntó la hija.

—A un lugar.

—¿Qué lugar?

—Ya verás.

—¿Falta mucho?

—No mucho.

La llevaba a ver la casa. La casa estaba al fondo del terreno, a cierta distancia del camino por el que ahora avanzaban. El padre había pensado no comentarle nada a la hija hasta que la tuviera delante de los ojos, quería ver qué efecto le causaba, cuál sería la impresión. Le diría: «Allá está, esa es». Nada más. Y luego esperaría las primeras palabras. Ella había oído hablar mucho de esa casa. Era la casa por excelencia, la imagen de la casa anclada en el fondo del pasado, un mito familiar con el que por fin iba a tomar contacto.

Pero al llegar hubo una sorpresa. Habían construido un muro. Era alto, con un portón de chapa pintado de negro, sin ninguna hendidura que permitiera espiar para adentro. Al lado del portón, una puerta, también metálica, también negra. Estaba todo clausurado, sellado.

—Este muro no existía la última vez que vine. Acá detrás está nuestra casa.

Fueron y vinieron de un extremo al otro de la barrera, desencantados.

—Quiero verla —dijo la hija.

El padre se colocó de espaldas contra el muro y entrecruzó los dedos de las manos a la altura de la inglete para que las usara de escalón.

—Vení —dijo—, subí.

Ella lo tomó de la nuca, colocó el pie derecho sobre el apoyo que le ofrecía, trepó y se paró sobre sus hombros.

—¿Podés ver?

—Sí.

En ese momento de nuevo cayeron algunas gotas. El paraguas estaba al lado del padre, contra el muro. Estiró el brazo, lo tomó y se lo alcanzó a la hija. Ella lo abrió.

El padre volvió a preguntar.

—¿Ves?

—Estoy viendo.

—La construyó mi abuelo, el padre de mi madre, él solo, con la única ayuda de un albañil amigo, trabajando los domingos y en los ratos libres. Este es el lugar donde nació mi mamá, donde nacimos mi hermana y yo, donde nos criamos. Había un altillo que estaba siempre en penumbras, lleno de secretos, había un henil al que se subía con una escalera de mano que luego se podía retirar desde arriba y era un buen sitio para refugiarse, y había algunos árboles frondosos a los que trepaba con la ayuda de una soga, y zonas de pastos altos, ahí podía pasar de todo, todo tipo de aventuras, esa casa y ese terreno eran mi principado. Ahora contame vos.

—¿Qué cosa?

—Cómo la ves.

—¿Cómo querés que la vea? Es una casa.

—¿Qué más?

—No sé qué más decirte.

—Simplemente lo que estás viendo, qué impresión te causa, si te parece sólida, si te resulta simpática o no.

—¿Simpática una casa?

—Bueno, decime algo, lo primero que se te ocurra.

—¿Te peso?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Contame.

—¿Querés que te cuente lo que ya conocés?

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Describímela: qué forma tiene, si es chica o grande, de qué tono se ven las paredes, cuántas puertas y ventanas tiene, qué hay en el balcón. Detalles. Todos los detalles.

—¿En serio querés eso?

—Sí.

—Dejame mirarla un poco más. Dejame conocerla a mí también un poco más.

—Está bien.

Callaron unos minutos. Después la hija dijo algo.

—Más alto —gritó el padre—, no te oigo.

Ella, elevando la voz, comenzó su descripción. De tanto en tanto el padre pedía más precisiones. Después de la casa le tocó el turno al patio, a cada uno de los árboles, al terreno.

—¿Seguro que no te peso? —insistió la hija.

—No. Seguí.

Ella siguió. Pareció entusiasmarse. Más y más a medida que avanzaba. Su voz, firme y alta, disparaba uno tras otro datos muy puntuales, detalles mínimos, formas, colores, la enumeración no paraba. Llovía.

El padre, abajo, escuchaba con gran atención. La información que recibía estaba llena de novedades. La casa relatada por la hija comenzó a parecerse a otra. El terreno también. Las dimensiones cambiaban. A partir de determinado momento nada de lo que oía se correspondía con las imágenes que albergaba su memoria, ni con las de la niñez, ni con las de sus viajes de adulto. Se preguntó si la hija no estaría inventando. Se preguntó si él, en sus regresos, no habría visto solamente lo que quería ver. Ahora, ahí, bajo la lluvia que los separaba de todo, supo que también esa casa contada por la hija le pertenecía, que era suya, que formaba parte de su historia. Ignoraba la razón, inútil intentar explicárselo, pero aquel relato que le llegaba desde allá arriba tocaba su sensibilidad a tal punto que hubiese podido llorar. ¿Por la voz de su hija en ese lugar? ¿Por lo nuevo que estaba descubriendo a través de esa voz? ¿Por algo que tal vez estaba ganando? ¿Por algo que tal vez estuviese perdiendo? No lo sabía.

La lluvia fue aumentando de intensidad.

Frente a él, cruzando el camino, desdibujadas, vislumbraba unas construcciones. Sabía que detrás, no lejos, estaba la mole del monte que empezaba del otro lado del río, pero al que no lograba ver por la bruma.

De tanto en tanto pasaba un coche con los faros prendidos. El camino era mano para un solo lado. Casi ni siquiera alcanzaba a divisar las siluetas de los conductores, aunque le parecía que alguno miraba para su lado. Se preguntó qué pensarían esas personas ante la extraña imagen que se les presentaba: un hombre de espaldas contra un muro, una mujer parada sobre sus hombros con un paraguas abierto y espiando hacia el interior de una propiedad.

Ahora diluviaba.

Sobre el paraguas y alrededor era un repiqueteo ensordecedor que, aun gritando, tapaba las palabras e impedía toda posibilidad de entenderse. Lo último que al padre le pareció oír fue:

—Y hay algo que se mueve sobre el horizonte, pero no alcanzo a distinguir qué es.

Pero no estuvo nada seguro de que la hija hubiese dicho realmente eso. Por otra parte, ¿qué horizonte? No podía haber ningún horizonte. A poca distancia estaba el otro río e inmediatamente las colinas y detrás las montañas altas.

Quedaron ahí, en medio del aguacero furioso, en silencio, hasta que el padre se escuchó formular una pregunta.

—¿Qué pasó que te quedaste callada?

Era imposible que la hija lo oyera. Además, ¿lo preguntó o solamente lo pensó? De todos modos desde alguna parte le llegó una respuesta. ¿Era la voz de la hija o una voz que traía la lluvia? ¿O la voz que contestaba estaba dentro de su cabeza?

—Un pájaro vino a posarse sobre el muro a mi lado, bajo el paraguas.

—¿Un pájaro?

—Sí. No quería asustarlo. Ya se fue.

—¿Cómo era el pájaro?

—Muy negro, con el pico y el contorno de los ojos amarillos.

—Un *merlo* macho.

—Eso, un *merlo*.

—¿Y ahora qué estás viendo?

—Veo una hamaca colgada de la rama de un árbol, frente a la casa. Y un chico hamacándose.

—En la lluvia.

—Sí, en la lluvia.

Hubo una pausa. El padre visualizaba aquella imagen.

—¿Sigue hamacándose?

—Me parece que sí.

—¿Te parece?

—La lluvia es una cortina de agua, por momentos lo veo claro, por momentos casi se me borra.

—Mirá bien, mirá bien. ¿Lo seguís viendo?

—Difuso, pero lo sigo viendo.

—¿Y qué más? Decime, decime qué más.

—Ahora el chico de la hamaca levanta el brazo y señala un caballo que está galopando por el terreno.

—¿Un caballo?

—Sí.

—¿De qué color?

—Blanco. Galopa dando círculos. Un hombre corre a la par, se toma de la crin y lo monta de un salto.

—¿Cómo es el hombre?

—Usa turbante. Viste al estilo oriental, todo de rojo. Del costado le cuelga una cimitarra. La mirada le centellea.

—¿Sandokán a caballo? —exclamó el padre—. ¿A caballo?

La furia del chaparrón disminuyó de golpe y siguió una lluvia fina. Ahora sí, por encima de su cabeza, resonó nítida la voz de la hija preguntando:

—¿Dijiste algo?

—Nada.

—Me pareció que gritabas.

—No, no grité.

Empezó a soplar el viento, la lluvia venía de través.

—Se me dio vuelta el paraguas. Ya conseguí enderezarlo. Me parece que tendría que bajar.

—Un poco más, quedate un poco más.

—¿Y ahora qué querés que haga?

—Solamente quedate. No pares de contarme.

El padre se sentía fatigado, con el repentino vacío mental que lo dominaba a veces al cabo de la concentración prolongada en un trabajo o muchas horas sin dormir. Arriba la hija todavía no decía nada.

«Un poco más —pensó el padre—, un poco más».

Volvieron a subir por la calle de la casa. Era un día de sol. Llegaron y volvieron a caminar atrás y adelante a lo largo del muro.

—¿Qué hacemos? —preguntó la hija.

—No se puede hacer nada.

—¿En los otros viajes pudiste hablar con los que viven ahora en la casa?

—No.

Le explicó que antes había un alambre tejido en lugar del muro. Venía y se quedaba ahí, esperando que alguien entrara o saliera. Nunca se encontró con nadie. En una sola oportunidad apareció una mujer en el patio y él le hizo señas durante un rato levantando y moviendo los brazos. No supo si ella se dio cuenta o no. Al final la mujer se metió adentro y esa fue la única vez que vio a una persona en la casa.

Una de las propiedades linderas también tenía muro, pero el portón era de rejas, por lo tanto se podía ver hacia el interior. La construcción, planta baja y primer piso, no estaba lejos de la calle: un jardín al frente, un caminito de grava bordeado de flores. En un banco vieron a una anciana sentada. El padre la saludó, alzando la voz. La mujer contestó el saludo. Se levantó y avanzó apoyándose en un bastón. Le costaba desplazarse. Se detuvo a unos metros del portón. El padre se presentó, le presentó a la hija. La mujer le pidió que hablara más alto porque era un poco dura de oídos. De todos modos no se acercó más. El padre le explicó que él había nacido en la casa vecina, le contó de la partida a América y que ahora había traído a la hija para mostrarle el pueblo. La mujer escuchaba con atención, seria. En realidad parecía desconfiar. Preguntó en qué año habían ido a América.

—Mil novecientos cincuenta.

—Nosotros compramos esta propiedad después, casi diez años después.

Dicho esto pareció dar la charla por terminada, movió el bastón y dio un paso para volver al banco donde había estado sentada.

—Espere —dijo el padre en voz alta.

La anciana fue girando la cabeza y se quedó mirándolo.

El padre le preguntó quién vivía ahora ahí al lado, le hubiese gustado poder contactar a esas personas y entonces quizá fuera posible que su hija conociera la casa que había sido de sus abuelos y donde se había criado él, su padre.

—Ahora está vacía —dijo la anciana sin cambiar de posición—, desde hace muy poco, una semana. Vivían una mujer anciana como yo y su hijo.

—¿Vendieron?

—No.

—¿Entonces qué pasó? ¿Se mudaron?

—Es una historia larga.

Y de nuevo pareció dispuesta a alejarse.

—Tenemos tiempo —gritó el padre en un intento por retenerla.

Lentamente la anciana volvió a cambiar de posición hasta estar nuevamente enfrentada a ellos.

—El hijo era el hombre más vago que haya existido sobre la tierra, vago absoluto, vago y egoísta. Nadie podría imaginarse hasta qué punto. Jamás hizo nada en su vida. Nada. No servía ni para ir a la panadería a buscar pan, ni siquiera a la farmacia a comprar un remedio para su madre. Vivía tirado en la cama o en un sofá mirando televisión.

Hizo una pausa. Tosió.

—¿Sí? —dijo el padre.

—Ella enfermó. Tenía que viajar para internarse en una clínica y operarse, había que hacer muchos trámites, burocracia, el que debería encargarse de todo era ese vago. El vago se llamaba Enzo.

De nuevo se detuvo, la mirada fija en alguna parte. Dio la impresión de que había perdido el hilo de su relato. Pasaron algunos segundos.

—Se llamaba Enzo —dijo el padre.

La anciana asintió moviendo la cabeza. Siguió.

—La madre tenía una enfermedad grave, pocas posibilidades de sobrevivir. Ella lo sabía y dejó disposiciones precisas de cómo debía ser su funeral, misa, entierro, tipo de tumba, coronas de flores y una cantidad de detalles más. Todos los de por acá estábamos enterados de la larga lista de instrucciones. Así que imagínese, señor, trámites, viaje, quizás una internación prolongada en la clínica, después el funeral, demasiadas tareas, demasiado trabajo para el hijo vago. Demasiado.

La anciana golpeó repetidamente con el bastón la grava del sendero. Una vez más pareció haberse extraviado.

—¿Después qué pasó?

—Ella cruzó a verme una mañana, el día anterior al viaje, apenas podía moverse, y me dijo: «Se me murió el Enzo».

—¿El hijo? —preguntó el padre.

—Sí.

—¿Cómo se murió?

—Esa misma pregunta le hice yo.

—¿Y cómo fue?

—De golpe.

—¿Le dio un ataque?

—No.

—¿Un accidente?

—No.

—¿Se suicidó?

—Nada. Nada de nada. Simplemente se murió. Decidió morir antes que la madre para no responsabilizarse, para evitarse todo el trabajo que lo esperaba. Si uno de los dos tenía que encargarse de un entierro, que fuera ella del suyo, quiero decir del

entierro del hijo vago, y no él del de ella. En pocas palabras, el vago se le adelantó. Egoísmo, puro egoísmo. Coincidirá conmigo, señor, que es la historia más egoísta que ha escuchado en su vida.

—Sí —dijo el padre.

—Así que ahora la casa está vacía. Ella no volverá, eso es seguro. Vaya a saber qué pasará, hasta donde sabemos no hay parientes, ni acá ni en ninguna otra parte.

Al fondo del caminito apareció una mujer y llamó:

—Mamá.

La anciana giró un poco la cabeza, levantó el bastón y lo movió indicándole que viniera. La mujer se acercó. Era flaca y desabrida.

—¿Qué quieren? —dijo refiriéndose al padre y a la hija, aunque sin mirarlos.

La anciana le explicó. El padre, a través de las rejas del portón, intentó ampliar la información. La mujer no lo escuchó y tomó a la anciana del brazo:

—Vamos, ya te dije que no hay que hablar con extraños.

Dieron media vuelta y se alejaron.

Padre e hija se quedaron hasta verlas entrar en la casa y se fueron. Después de andar un rato el padre dijo:

—No puedo creer que mi casa haya terminado de esta manera.

—¿De qué manera?

—Que entre esas paredes pueda vivir un tipo del que se cuenten historias como esa.

—No hay que creerse todo lo que contó la mujer.

—Claro que no, habrá una parte de verdad y otra inventada.

—Ese asunto que se dejó morir por vago y egoísta es de ciencia ficción.

—Pero igual me cae mal. Es como si hubieran ensuciado la casa.

—Hace más de cincuenta años que ustedes se fueron de esa casa.

—No importa, no me gusta.

Desembocaron en el camino que bordeaba uno de los ríos y siguieron hacia la desembocadura. El padre iba muy serio. Después de andar un rato la hija preguntó:

—¿Todavía estás pensando en lo mismo?

—En lo mismo.

Llegaron a la costa, cruzaron la avenida, se acodaron al parapeto y se quedaron mirando el agua. Un transbordador se acercaba. Frente a ellos pasó un bote, un muchacho remaba con vigor, dos chicas iban en el asiento de popa, el muchacho cantaba, las chicas reían.

No habían vuelto a hablar.

—Tu casa no ha sido tocada —dijo por fin la hija.

Fueron a tomar café al bar del embarcadero viejo. Se sentaron junto a un ventanal que daba al agua.

Cerca había una mesa grande, redonda, con seis ancianos de aspecto saludable y prolijamente vestidos jugando a las cartas y discutiendo en voz alta al final de cada mano. De tanto en tanto algunos, seguramente de acuerdo a las variantes del juego, reían con ganas, satisfechos. Los seis debían superar los ochenta años de edad. Sentados alrededor, otros tres observaban.

—Todos lucen sus dentaduras en perfectas condiciones —observó la hija.

El padre la miró sin entender. Ella explicó:

—Lo noté al llegar a España y ahora también. A diferencia del país del que venimos, acá los ancianos tienen todos sus dientes.

Cuando el mozo se acercó los ancianos estaban en pleno alboroto.

—Nuestros clientes infaltables de cada día —dijo sonriendo y señalando la mesa grande.

A la hija la había tentado una torta que estaba expuesta en el mostrador y cuando llegaron los cafés pidió una porción.

—La señorita tiene buen ojo, es nuestra especialidad —dijo el mozo.

Era un muchacho alto y delgado, todo simpatía, que se esmeró especialmente al atenderla a ella: ¿otro sobre de azúcar? ¿Crema para la torta? ¿Un poco de leche para el café?

—Solamente te pregunta a vos. Yo no existo —observó el padre.

Alguien entró empujando la puerta con fuerza y todas las cabezas giraron hacia él. Era un tipo muy bajo, no mediría más de un metro cincuenta, cara de laucha y un pequeño bigote que producía en su cara la impresión de que permanentemente estuviera sonriendo. Resultaba gracioso. Se dirigió a la mesa grande con pasos cortos y rápidos, dijo algo, el juego se interrumpió y las voces volvieron a subir de tono. Los ancianos parecían indignados, hablaban todos al mismo tiempo, no se los entendía.

El padre buscó al mozo con la mirada, le hizo una seña y cuando lo tuvo cerca le preguntó si había ocurrido algo. El muchacho esperó unos segundos hasta que las voces se aplacaron un poco. Después explicó que el cura de la localidad vecina, la que empezaba ahí nomás cruzando uno de los puentes, había recibido la noche anterior una nueva amenaza. Esa era la noticia que traía el hombre bajito.

—¿Por qué las amenazas? ¿Quién lo amenaza?

El cura era propietario de una antigua casona, ubicada en una elevación sobre el lago, en el límite de un amplio bosque de castaños, con una vista privilegiada. Últimamente le habían hecho ofertas muy importantes para venderla. Al parecer una empresa cuya identidad se mantenía en la sombra planeaba construir un complejo turístico en esa zona y la propiedad del cura era clave. Él rechazó todas las ofertas. Entonces comenzaron los acosos para obligarlo a cambiar de postura. Denunció la

persecución desde el púlpito: la propiedad venía pasando de padres a hijos hacía muchas generaciones y jamás permitiría que terminara en manos de especuladores y esperaba que sus sobrinos cuando la heredaran siguieran su ejemplo.

—Las amenazas fueron subiendo de tono. No se sabe de dónde vienen.

Acababa de entrar un grupito de mujeres y el muchacho fue a atenderlas. En la mesa redonda los ancianos habían vuelto a tranquilizarse y seguía el juego.

No corría brisa, los ventanales estaban abiertos, el lago era un espejo. Asomándose un poco se veía deslizarse contra el fondo algún solitario pez de buen tamaño y más arriba cardúmenes de peces pequeños. La hija desmigajó parte de la torta y la fue arrojando. En la zona donde cayeron las migas hubo una respuesta inmediata, la superficie quieta se alteró como si hubiese entrado en ebullición.

—Me acordé de algo —dijo el padre—. En aquella época había pocas construcciones en la zona donde vivíamos, la casa de la mujer que nos contó del hijo vago era la única que teníamos cerca. Ahí habitaban tres familias. Con mi madre nos cruzábamos a visitarlos. Tenían un sótano grande y durante la guerra íbamos a refugiarnos antes de los tiroteos nocturnos. Había un hombre alto, grandes bigotes, nunca hablaba. Un día estaba cavando en el terreno para sacar un árbol. Me acerqué y me puse a mirar. Él me vio y no dijo nada, siguió cavando. De pronto debajo de una raíz apareció una moneda dorada. La levantó, me la mostró y se la guardó en el bolsillo. Siguió cavando y apareció otra moneda y después otra y otra. Fueron unas cuantas.

—¿Hizo algún comentario? ¿Te dio alguna explicación?

—Nada. Todo el tiempo estuvimos en silencio. Aparecían las monedas, me las ponía delante de los ojos para que las viera bien, se las guardaba y seguía trabajando.

—¿Y vos qué pensaste?

—Para mí aquello era mágico. Magia pura. Entre las raíces de ciertos árboles había monedas de oro. Esas cosas solo pasaban en los cuentos de hadas, gnomos y ogros. No sé qué edad tenía, debía ser bastante chico, probablemente fue antes de aprender a leer, muy lejos todavía de las primeras historias de Salgari. Estaba deslumbrado. Después, al pensar en aquel episodio, sentía agradecimiento por ese vecino, tan serio, tan callado, y que le había hecho semejante regalo a mi asombro y a mi fantasía. De la gente que habitaba aquella casa es la persona que recuerdo con más nitidez.

—¿En ese momento le contaste a alguien?

—Seguro que no. Vaya a saber por qué. Las monedas de oro bajo las raíces eran como un secreto entre aquel hombre y yo. Cuando fuimos a despedirnos antes de partir para América, yo ya había cumplido los doce, me habló, fue un breve discurso, me quedó la impresión de que ese día por primera vez oí su voz, me dijo que siguiera siendo el buen chico que había sido siempre y muchos consejos en ese sentido que ya no recuerdo. Yo otra vez estaba impresionado. Y emocionado. De manera diferente de aquella vez de las monedas, pero emocionado. Nadie me había hablado nunca así.

—¿Cómo se llamaba?

El padre se quedó pensando, sacudió la cabeza:

—Me gustaría acordarme. El mozo está con vos, no te saca los ojos de encima.

La hija tiró más migas al agua. Después de observar el festín de los peces dijo:

—Yo también tengo mi historia mágica. Es más, vos tenés la historia, pero yo todavía conservo la cosa mágica.

—¿Qué es?

La hija sacó de la mochilita lo que quedaba de un lápiz, serían unos cinco centímetros.

—Esto me lo regaló la abuela de mamá, mi bisabuela Santina, cuando yo tendría unos cinco años. Si estoy en peligro, un peligro grande, y necesito escapar de donde me encuentro en ese momento, bastará que dibuje, en un papel o en una tabla o en una pared o en lo que sea, el sitio al que quiera trasladarme y allá estaré inmediatamente, en cuestión de segundos.

El padre sonrió.

—Nunca me hablaste de ese lápiz.

—También para mí era un secreto entre mi bisabuela y yo, lo mismo que para vos las monedas de oro. Además durante mucho tiempo fue como si no lo tuviera.

—¿Cómo es eso?

—Lo había metido en un cofrecito donde guardaba mis cosas, un cofrecito forrado con tela roja por dentro, y un día me di cuenta de que el lápiz ya no estaba. No fue mucho después de que me lo regalaran.

—Se había marchado.

—Creo que justamente eso fue lo que pensé. Pero años más tarde apareció, metido bajo el forro de tela roja. No se había marchado, se había escondido.

—¿Lo usaste alguna vez?

—Nunca.

—¿Ni siquiera para probar?

—No.

—¿Por qué?

—Para que no se gaste. Queda poco del lápiz, ¿cuántas veces más se le podrá sacar punta? Si lo gasto probando, el día que lo necesite ya no tendría salvavidas del que agarrarme. Así que lo cuido. Además, es probable que al lápiz no le guste que lo usen para jugar.

El padre volvió a sonreír. Dijo:

—Hacés bien, cuidalo —señaló con un movimiento de cabeza hacia el mostrador—. El mozo no para de mirarte.

—Basta —dijo ella.

Un par de minutos después el muchacho se acercó con un platito y una porción de torta. Una atención de la casa para la señorita, dijo, por si quería seguir alimentando los peces. La hija agradeció.

—Primera conquista en el pueblo —dijo el padre.

Ella lo mandó callar con un gesto. Cortó un trozo de torta, sacó un brazo por el ventanal y fue dejando caer las migas.

—Se me ocurrió algo —dijo.

—¿Qué?

—Si en la casa no hay nadie podríamos entrar.

—¿Entrar? ¿De qué manera?

—Escalando el muro.

El padre se quedó mirándola:

—¿Escalar el muro?

—¿Por qué no?

—Una ocurrencia fantástica, nos ven, llaman a la policía y terminamos presos.

—De noche.

—Igual podrían vernos. En las calles hay iluminación.

—Vamos bien tarde, cuando todos estén durmiendo, estudiamos la situación, seguro encontraremos alguna forma de entrar sin ser vistos. ¿Qué decís?

Se la veía cada vez más entusiasmada.

—De acuerdo, puede ser que encontremos una manera de meternos en el terreno sin que nos vean, de todos modos con eso no ganamos nada, la casa está cerrada —dijo el padre, ahora siguiéndole el juego.

—Quizá podríamos forzar una ventana.

El padre rió:

—¿Forzar una ventana? ¿Así de simple?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Compramos un par de herramientas en una ferretería. Y una linterna, para cuando estemos adentro.

—No estoy muy seguro de tu plan.

—¿Por qué? Es un plan bien sencillo.

—Tengo algunas dudas.

—¿Dudas? ¿Qué tipo de dudas?

—Es arriesgado.

—Puede ser un poco arriesgado, pero yo creo que vale la pena, ¿no te parece?

—Escalar muros, forzar ventanas, invadir propiedades ajenas, francamente no sé.

—A ver, decime, ¿qué hubiese hecho Sandokán en una situación como esta?

El padre pensó unos segundos.

—Hubiese saltado por encima del muro.

—¿Y nosotros por qué no? ¿Por qué deberíamos ser menos? Sandokán es nuestro héroe favorito, tenemos que tratar de ser iguales que él.

Nueva risa del padre. Ella lo seguía mirando seria, con expresión de no entender a qué se debía la risa.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

Ahora el padre se preguntó si la hija estaba bromeando o hablando en serio. Quizás hubiera algo de ambas cosas. Y aunque todo fuera broma, un poco de teatro, un poco de distracción, el padre podía percibir la tentación de que aquello se convirtiese en un proyecto real. La observaba y lo que presentía en ella, en su juventud, era algo que ya había visto, que conocía bien: el impulso de lanzarse hacia adelante frente a cualquier escollo, embestir, aceptar los desafíos, por más descabellados que fueran. «Prepotencia de sangre joven», pensó. Y en eso se reconocía en la hija. También él, en otros tiempos, sucumbía a esa impaciencia de acción, la exigencia de sentirse fuerte, demostrarse que podía hacerlo, no importaba lo que fuese, y aunque el resultado final no le reportara nada, ningún tipo de beneficio, solo el alivio y quizás el orgullo de haberlo conseguido. Dijo:

—Tendríamos que pensarlo muy bien.

La hija siguió tirando migas.

—Entonces pongámonos a pensar —dijo.

Se enteraron de que ese día, a última hora, en el paseo que bordeaba el lago, cerca del embarcadero viejo, tocaría la banda municipal. Decidieron ir a escucharla. Hicieron tiempo recorriendo el pueblo. El padre dijo:

—Quiero ver si todavía existe cierto lugar.

Se alejaron del centro, tomaron por una callecita en sombra, flanqueada por muros altos —se los podía tocar abriendo ambos brazos—, en cuyas grietas colgaban manojos de minúsculas flores blancas. Después de una curva la callecita se convertía en una larga escalera empinada. Hacia la mitad de la escalera se abría un espacio llano a un costado, un rectángulo de pocos metros, con tres árboles añosos y dos bancos de piedra. Había una baranda de hierro y mirando abajo se veían techos de tejas escalonados y al fondo el lago.

—Está igual —dijo el padre acodándose a la baranda—. Acá veníamos a quedarnos con un compañero cuando nos hacíamos la rata en el colegio.

No ocurría muy seguido, pero de tanto en tanto se daban el gusto. Se encontraban a la vuelta del colegio y debatían si entrar o no. Si decidían que no, partían en una larga carrera, llegaban jadeantes hasta ese rincón escondido y se sentaban en uno de los bancos. Por esa callecita pasaba muy poca gente y no corrían demasiado riesgo de que los viera algún conocido de sus padres. Permanecían ahí, hablando vaya a saber de qué. O a lo mejor sin hablar, porque los dos eran callados. El otro más que él. Tenía la cara redonda, la piel brillante y la sonrisa fácil. No hacían nada. No esperaban nada. Disfrutaban del placer de la transgresión. Eso era todo. Eran aliados en algo. No hubiesen podido definir en qué. Pero sentían que un lazo los hermanaba. Aquel compañero vivía en una isla, en la mitad del lago. Todos los días venía y se iba en una lancha que hacía el servicio entre las islas.

—A mí me resultaba curioso o más bien misterioso que alguien pudiera venir desde allá, desde el agua. Era como un extranjero.

Quizá por eso lo había elegido como amigo. A veces dejaban ese rincón y cruzaban uno de los puentes y trepaban el cerro hasta encontrar un claro y se sentaban ahí a mirar el pueblo. Podían ver el colegio. Una vez, mientras subían entre los árboles, el compañero habló. Dijo que si en ese momento apareciera alguien y los atacara, lo enfrentaría y lucharía, fuera quien fuere. Él, al escucharlo, la voz firme, el tono desafiante, sintió que el compañero trataba de comunicarle algo, aunque todavía no supo de qué se trataba.

—Mucho más tarde entendí: me estaba diciendo que en caso de peligro se jugaría por mí, trataría de protegerme. Era la forma que había encontrado para expresarme su amistad. Me pregunto qué habrá sido de él. ¿Habrá seguido viviendo toda la vida en su isla? ¿Estará ahí todavía? Es el único de los compañeros del que me acuerdo el nombre completo.

—Podríamos ir a la isla y preguntar por él.

—Se podría, claro que se podría. Pero es una idea que me hace dudar mucho.

—¿Por qué tanto?

—Es probable que me dé un poco de temor.

Regresaron hacia la costa por otro camino. Desembocaron en una plaza con una estatua de Garibaldi en el centro. Se acercaron a leer la inscripción en la chapa de bronce. En un costado de la plaza había un pequeño negocio de ropa femenina. La hija cruzó en esa dirección y el padre fue detrás. En la vidriera lo único expuesto era un conjunto de pantalón y blusa.

—Me gusta ese conjunto —dijo la hija—. Es original, no había visto nada parecido. ¿Qué te parece?

—¿A mí me preguntas? —dijo el padre—. ¿Qué entiendo yo de ropa?

—Vos tenés buen gusto para todo. Seguramente también para la ropa.

Y se quedó mirándolo, esperando una respuesta. El padre abrió los brazos:

—Me parece que está bueno.

Ella asintió con la cabeza:

—Sí, está bueno, más que bueno.

Llegaron a la costa y allí estaba la gente aglomerada alrededor de una tarima. En el interior del bar del embarcadero la única mesa ocupada era la de los viejos que jugaban a las cartas.

Buscaron una buena ubicación. Había chicos corriendo. Minutos después los músicos treparon una escalerita de madera y fueron ocupando sus lugares. Tardaron un poco en acomodarse. Finalmente se hizo silencio y el director levantó ambos brazos. La banda atacó y fue como una explosión. A los músicos, altos sobre la tarima, se los veía importantes con sus instrumentos y sus uniformes. El padre los estudiaba uno a uno, terminaba de recorrerlos y volvía a empezar. Aquellas figuras lo remitían a los tiempos de su infancia. Eran las mismas de entonces. Se sentía bien y aplaudía con ganas al finalizar cada pieza.

La banda empezó a tocar de día y terminaron cuando había oscurecido. Entonces la gente se fue dispersando. El padre y la hija siguieron la costa, fueron hasta uno de los puentes y bordearon el río. Era una noche tibia y calma y daba gusto caminar. Se oía el ruido del agua al correr entre las piedras. Sobre los cerros se veían las luces de los pueblos. Pálidos puñados de luces suspendidos en la oscuridad. Doblaron alejándose del río. Iban por una calle empedrada, estrecha, iluminada por faroles fijados de tanto en tanto en las paredes. El padre venía hablándole a la hija de ciertas noches que recordaba. Noches cálidas. Él, su hermana, los chicos de los inquilinos de su casa, los chicos de la casa de enfrente, jugando en el prado. Le parecía que se quedaban afuera hasta tarde, muy tarde. Aquellas noches no tenían fin. Podían haberse tirado a dormir sobre el pasto, bajo el cielo estrellado. Todo estaba en orden, no había prisa, no había penas. Seguramente las imágenes que ahora le llegaban eran del tiempo en que la guerra había terminado. Estaban ellos ahí corriendo en la luz de la luna y no existía nada más. Ellos, los grillos, las luciérnagas. En ese entonces, para

él, con seguridad también para los otros chicos, ese estado de bienestar iba a ser para siempre, la vida sería siempre igual que esas noches. Era perfecto. De esa manera volvía a su memoria ese lugar, la casa, el pueblo.

Después de una curva la calle se ensanchaba en una suerte de plazoleta y más allá se divisaba una arcada que permanecía en sombra. Desde la sombra emergió una figura. Detrás, en el suelo, contra la pared, se veían otras figuras, dos, tres. La que se había parado, rengueaba. Avanzó hasta colocarse en el medio de la calle, delante del padre y la hija. Tuvieron que detenerse.

Quizá fuera muy joven, pero estaba demasiado arruinado para que se pudiera determinar la edad. Su aspecto era lamentable, puro huesos. Tal vez fuese el efecto de la iluminación, pero la piel se le veía amarilla. La mano derecha le temblaba. Tenía una lastimadura reciente junto a la boca.

Empezó a hablar. Le costaba, se le trababan las palabras, se perdía. Intentaba contar algo. Dijo que él había sido un gran jugador de fútbol. Su especialidad eran los tiros libres y los penales, nunca fallaba, siempre se los daban a tirar a él. Lo esperaba un futuro extraordinario. Su hermanita enfermó, estaba grave. Él hizo una peregrinación a la Virgen de la Nieve, allá arriba en las montañas. Lo sorprendió una tormenta de nieve y anduvo perdido muchos días, sin comer nada. Estaba desfalleciente, tirado junto a una roca. Se quitó el zapato izquierdo y trató de llevarse el pie a la boca pero no lo logró. Probó con el otro pie y entonces sí pudo. La derecha era su pierna mejor, hubiese preferido preservarla. Se comió el dedo gordo. Mientras se lo comía pensaba que nunca podría volver a tirar un penal. Siguió con los otros dedos. Saciada el hambre recuperó fuerzas y pudo regresar. La hermanita sanó.

Concluyó diciendo que la suya era una historia triste pero con un final feliz. Esta última frase la pronunció con mayor seguridad, como si la hubiese ensayado. En su cara se fue esbozando una trabajosa sonrisa que parecía de resignación. En ningún momento sus ojos habían mirado al frente, todo el tiempo hacia un costado. Una mirada fija y extraviada. Estiró la mano.

Desde una ventana una mujer gritó con voz potente:

—No le den dinero que es para comprar droga.

De inmediato se oyó una voz de hombre recriminándole por meterse donde nadie la llamaba, que se ocupara de sus cosas. Ella le contestó de mal modo. La discusión subió de tono y siguió durante largos minutos. La mujer se asomó de nuevo y gritó:

—Ojalá también tu madre tenga el coraje de matarte.

Luego la ventana se cerró con estrépito. Y ahí permanecieron el padre y la hija, en mitad de la calle, el silencio alrededor, el muchacho parado frente a ellos, siempre mirando hacia un costado, el brazo estirado y la mano abierta.

Más tarde, en el hotel, cuando se sentaron a cenar, el pelirrojo les preguntó cómo habían pasado el día. El padre le contó que habían ido a escuchar la banda y también le comentó del encuentro que habían tenido en la calle al volver y de la mujer en la ventana: ¿qué habría querido decir con aquella frase?

—Sí —dijo el pelirrojo—, cuando oscurece ya no se puede andar por nuestro querido pueblo. Ni por ningún pueblo y ciudad de Italia. Los drogadictos y los inmigrantes se hicieron dueños de las noches. Todos esos negros. Además de los musulmanes. Imagínense que pretenden construir una mezquita por acá cerca, en nuestra región. Estamos en peligro.

Después, con respecto a la frase de la mujer en la ventana, explicó que hubo el caso de una madre que mató a su hijo drogadicto. En realidad fueron dos madres, con poco tiempo de diferencia, la primera en una ciudad del norte, la otra en una ciudad del sur.

—¿Cómo los mataron? —preguntó la hija.

—Una con una escopeta de caza, la otra lo envenenó.

—¿Y qué pasó con ellas? —preguntó el padre.

—Ambas, ante el juez, llorando, dijeron más o menos lo mismo: que lo habían hecho porque ya no podían más. Los tribunales solamente las condenaron a seis años de cárcel. Yo directamente las hubiese dejado en libertad. Esas mujeres le hicieron un bien a la humanidad.

La hija lo sorprendió con una pregunta:

—¿Habrá un cibercafé?

—Ni idea. ¿Para qué?

—Necesito una computadora. Quiero ver si tengo mensajes y también mandar algunos.

—Ahora averiguamos.

Anduvieron un trecho en silencio. ¿Cibercafé?, pensaba el padre. Y el término le resultaba cada vez más odioso. Por alguna razón se iba sintiendo molesto. Preguntaron en el primer bar que encontraron. El hombre que estaba detrás de la barra ni siquiera habló, se limitó a contestar con una mueca y a mover negativamente la cabeza. Les quedó la impresión de que no tenía idea de lo que era un cibercafé. Fueron preguntando en varios negocios. Nadie sabía. Y cada vez que recibían una respuesta negativa algo en el padre parecía aliviarse. Eso no estaba bien. Apenas se percataba comenzaba a reprocharse.

Siguieron averiguando. Finalmente resultó que había uno, medio escondido en una callejuela a unos doscientos metros de la orilla del lago. Era un local no muy grande, con escasa iluminación, música. Contra una de las paredes se alineaban unas diez computadoras, ninguna libre. Una cabina telefónica. Se sentaron y pidieron café y agua mineral. Tuvieron que esperar un buen rato. Cuando se liberó una computadora la hija fue a ocupar el lugar. Pasó el tiempo. El padre estudiaba el ambiente, eran todos jóvenes. Una pareja al fondo del local se besaba. Entraban y salían muchachos y muchachas. Un grupito permanecía reunido del lado de afuera de la puerta. De su hija veía el perfil y una de las manos desplazándose rápida por el teclado. De pronto permanecía inactiva largos minutos. ¿Esperando una respuesta? El padre pidió otro café. Quizá la música no estuviese tan alta pero tenía la sensación de que los oídos le estallaban. De pronto la hija se levantó, sacó la tarjeta telefónica de la mochila y fue a la caja. Habló con el cajero. Por lo que el padre entendió le estaba diciendo, ayudándose con gestos, que no había terminado con la computadora, que la seguiría usando, pero necesitaba hacer una llamada telefónica. Se metió en la cabina. Fue una charla prolongada. Colgó y volvió a sentarse ante la pantalla.

Ahora el padre permanecía atento, esperando algún indicio de que estuviera a punto de terminar. Se sentía cada vez más incómodo. Y también extraño. Ese bar se encontraba en su pueblo. Pero su pueblo, el que había venido a buscar, estaba hecho de lago y ríos y cielo y caminatas por las montañas. A esa altura la música le resultaba insoportable. No aguantó más, pagó la consumición, se acercó a la hija y le dijo que saldría. Bajando por esa calle se llegaba al lago, la esperaría allá. Le dio dinero.

—Tengo —dijo ella.

—No importa, tomalo por las dudas.

Salió y respiró aliviado. Bajó a la costa y se sentó en un banco. El paisaje no lo serenó. «¿Qué te pasa?», se preguntó. Se dio cuenta de que había considerado esos días en el pueblo un tiempo de paréntesis, donde los compromisos de cada uno quedarían excluidos. Que mientras durara la estadía lo que habían dejado más allá del cerco de montañas que los rodeaba dejaría de serles necesario. Y que ahí, preservados de lo exterior, ellos dos solos se bastarían. Eso había creído. Y ahora descubría que no era así. Su fantasía, inocente fantasía del cerco se esfumaba. Lo externo había introducido su zarpa. Se preguntó por qué razón debería molestarle que ella dedicara un poco de su tiempo a comunicarse con personas que estaban en otro lado. ¿Lo vivía como un abandono? Absurdo. ¿Una pizca de celos? Ridículo. Y sin embargo lo que estaba ronroneando en alguna parte dentro de él era algo muy parecido a los celos. Si seguía por ese camino terminaría sintiéndose traicionado. Más ridículo todavía. Y yendo más lejos, ese enfado sin derecho y sin sentido se manifestaría en una cara larga que no podría evitar y tardaría un buen rato en esfumarse. «¿Qué te está ocurriendo? —volvió a preguntarse—, sos un hombre grande, esto es totalmente infantil, ella tiene su vida, ¿pretendés que abandone todo, se olvide de todo y se dedique exclusivamente a vos? ¿Es eso lo que querés?». Los términos *ridículo* e *infantil* resonaban fuerte en su cabeza. Se obligó a repetirlos mentalmente varias veces. Pero seguía molesto. Hubiese querido tener un espejo para mirarse. Podía imaginar su aspecto. Debía cambiar para cuando la hija llegara. Intentó pensar en cosas positivas. No le dio resultado. La rigidez de su cara no variaba, lo sentía. Ella se daría cuenta. Quería evitar la pregunta: «¿Te está pasando algo?». Él contestaría: «Nada». «Algo te pasa». Y así. No podía permitir que eso sucediera.

Había un hombre cerca, apoyado contra el parapeto que daba al agua. Era un anciano, más o menos de la misma edad de aquellos que habían visto en el bar del embarcadero viejo. Bajo, sólido, hombros anchos, le recordó la imagen de su abuelo, el padre de su padre, afirmándose en un bastón y trepando por los senderos de montaña en su región del Véneto. En todo el tiempo que estuvo ahí, media hora, más de media hora, no percibió en aquel hombre un solo movimiento. Ni la cabeza ni las manos ni los pies se movieron.

El padre, sin tener claro si esa apreciación pretendía tener algún significado especial, si en realidad tenía algún sentido, cualquier sentido, se dijo que ese anciano no debía ser de los que se sentaban a jugar a las cartas todo el día. Miraba el lago y las montañas. O quizá más allá del lago y las montañas. ¿Qué veía? Le hubiese gustado saberlo.

Se levantó y fue a detenerse a su lado. Buscó un pretexto para iniciar una conversación y no lo encontró. Las manos del anciano estaban apoyadas sobre la barra metálica del parapeto. Eran manos grandes, con venas y nervios muy marcados. Manos, imaginó el padre, que habían trabajado la tierra, que habían manejado la pala, la hoz y la horquilla. Manos de un hombre que pertenecía a la generación de los que habían sido arrancados de los hábitos de sus vidas y enfrentados a la guerra,

obligados a tratar de entender qué significaban tanta violencia, tanto terror y tanta muerte. Quizás ese que estaba ahí junto a él había dejado de muchacho su casa para ir a las montañas y aprender a disparar un fusil. Todo esto reflexionaba el padre mientras seguía observándolo de reojo.

Finalmente habló y dijo:

—Lindo día.

Fue como si el otro hubiese estado esperando ese comentario y con naturalidad contestó:

—Es uno de nuestros días.

Eso fue todo. Pero al padre le bastaron esa respuesta y esa voz para sentir que estaba recuperando la estabilidad que le parecía haber perdido.

Llegó la hija. Se paró a su lado y no pronunció palabra. El padre la miró y supo que algo estaba mal. Había furia en su cara. Una furia contenida, de esas que en cualquier momento pueden derivar en lágrimas. Pero ella no lloraría. No se lo permitiría. El padre sabía eso. Y también que no tenía sentido hacerle preguntas ahora. No recibiría respuesta. Conocía esos pozos de sombra en los que ella podía caer. Los conocía porque eran iguales a los suyos. Estaban hechos de largos silencios. Silencios sólidos como muros. ¿Qué habría pasado en el cibercafé? Alguna de las noticias que había recibido no era la que esperaba. ¿Una pelea? ¿Una ruptura? Le dijo:

—¿Caminamos?

Ahora todas las energías mentales del padre estaban puestas en dirección a sacarla de aquel estado.

La fue llevando hacia la plaza con la estatua de Garibaldi y donde habían visto el conjunto que le había gustado. No era lejos. En el trayecto no hablaron. Se detuvieron delante de la vidriera. El conjunto permanecía expuesto.

—¿Te sigue pareciendo tan bueno? —le preguntó.

Ella asintió con un gesto.

—Entrá y preguntá cuánto vale.

—¿Para qué?

—Para saber.

Ella negó con la cabeza y amagó seguir camino. Él la retuvo y la guió hacia la puerta:

—Entrá.

Lo miró, seria, dudaba, por fin se encogió de hombros y entró. Salió casi inmediatamente y le dijo el precio.

—Compralo. Te lo regalo.

—No.

—Sí, quiero regalártelo.

—No.

—Te gusta, puedo pagarlo.

Estuvieron así, él insistiendo, la hija negándose. Por fin ella dio media vuelta y volvió a entrar. Pasaron unos minutos, la puerta se abrió:

—Me lo tengo que probar.

—Está bien.

Un rato después se asomó la vendedora y le pidió que pasara. La hija tenía puesto el conjunto, estaba parada frente a un espejo.

—¿Cómo me queda?

—Perfecto.

—Hay que hacerle unos pequeños retoques al pantalón. La blusa me va justa.

—¿Para cuándo va a estar?

—Mañana a partir de mediodía.

—Bien.

La hija se metió en el probador y la vendedora preguntó al padre cuánto dejaría de seña. Pagó todo.

Cuando salieron a la calle el clima era otro. La hija agradeció y lo besó en ambas mejillas. El nubarrón parecía haber quedado atrás.

Al margen de la calma recuperada, el padre estaba contento de que a ella le hubiese gustado algo que vendían en su pueblo y habérselo podido regalar.

—Busquemos un buen lugar para tomar algo —dijo.

—Yo invito —dijo la hija.

11

También esa mañana, después de desayunar, cuando dejaron el hotel, tuvo la impresión de que el comienzo de las caminatas se parecía a sus salidas de la vieja casa con la caña al hombro, a pie o en bicicleta, y después, allá, en algún lugar de la costa, el flotador rojo y blanco oscilando en la superficie del lago, la superficie misteriosa, y él, ojo atento, paciente, anclado en un tiempo que no tenía tiempo, esperando que ocurriese el pequeño milagro, eso que le alteraba la sangre, el repentino hundimiento del flotador. Y así era ahora, cada vez que comenzaban a transitar las calles y remontaban las cuestas, y todo aquello que desfilaba ante su mirada inquisidora se le aparecía como un paisaje compacto, cerrado, tan uniforme como la superficie donde temblaba el flotador rojo y blanco de su infancia e igual que entonces él esperaba que se produjese la señal.

Ahí me peleé a pedradas contra tres —contó el padre mientras cruzaban una plazoleta donde borboteaba una fuente—. Me acertaron en la frente, era una piedra filosa y me sangró un poco, entonces escaparon. En casa mentí y dije que al pasar bajo un árbol había chocado con una rama.

Y más adelante:

—En ese patio vino a buscarme en bicicleta mi padre, hecho una furia, porque había estado esperando el pan que yo había ido a comprar para que almorzara antes de irse a trabajar a la fábrica y me entretuve jugando a las figuritas con un par de amigos. Me acuerdo de su aparición bajando estos cuatro escalones. Mi padre nunca pegaba, pero en esa oportunidad creí que no me salvaría de un par de sopapos.

Se iban alejando del centro del pueblo.

—Antes ahí había una sola casa con un terreno grande. Nosotros teníamos nuestros frutales, pero yo igual me metía a robar cuando pasaba por acá, supongo que por el solo gusto de hacerlo. Un día que estaba trepado a un árbol vi que junto al tronco, cruzada de brazos, estaba la dueña mirándome. No la había oído llegar. Fue un mal momento, no sabía cómo hacer para bajar y escaparme.

Pasaron por el cementerio.

—Para el Día de los Muertos había gran actividad y en la entrada se armaban puestos que no solo vendían flores, también golosinas y juguetes y muchas cosas más. Parecía una fiesta. Yo siempre andaba dando vueltas por todas partes. Me acuerdo de cierta vez, debía tener seis años, seis y medio. La guerra terminó no mucho después de que cumpliera los siete. Un soldado se me acercó y me habló. Me preguntó cómo me llamaba, qué edad tenía. Me contó que su familia estaba lejos, muy lejos, al sur, tenía un hijo de mi edad. Dijo que se parecía bastante a mí. Me compró una flauta en uno de los puestos. Una flauta de lata, muy colorida, predominaba el verde, con líneas rojas y amarillas rodeándola. Curioso los detalles que uno recuerda. Vaya a saber cómo terminó ese soldado, vaya a saber si sobrevivió, si volvió a ver a su hijo.

Dejaron atrás el cementerio. El padre señaló un muro, más allá de un terreno sin árboles.

—La cancha de fútbol. Del otro lado, dando la vuelta, a menos de doscientos metros está la casa. Los alemanes venían en retirada desde el sur, estaban perdiendo la guerra, y cuando llegaron al pueblo instalaron los cañones en la cancha. Desde ahí disparaban hacia las montañas. Nuestra casa temblaba. Esos fueron días de mucho miedo. Los alemanes se fueron, llegaron los ingleses y también instalaron los cañones en la cancha. Se fueron los ingleses, llegaron los yanquis, dejaron los cañones y los tanques en otras partes y usaron la cancha para jugar un deporte que desconocíamos, tal vez fuese fútbol americano, tal vez *rugby*. Con otros dos nos pasábamos los días vagando por acá. Los americanos nos regalaban chocolates. Una vez nos quedamos

mirando a uno que dormía al sol, acostado boca arriba sobre una manta. Otro se nos acercó y nos preguntó en un italiano trabajoso si nos gustaba mirar al soldado dormir. Dijimos que sí. Entonces despertó a su compañero pateándole la suela de las botas, debió comentarle nuestra respuesta y aquello pareció resultarles muy divertido porque rieron mucho. No entendíamos por qué debía causarles tanta risa. Nos filtrábamos para ver los partidos. Era un deporte violento y un día uno de los jugadores se lesionó en un choque, pero siguió. A nosotros, los chicos, nos daba lástima ese tipo que se movía con dificultad. Después de años de miedo, de bombardeos, de muertes, de noticias de atrocidades, era raro que pudiéramos sentir pena por ese hombre porque corría rengueando. Yo incluso había presenciado un fusilamiento, fue en ese terreno al lado del cementerio.

—¿En serio viste un fusilamiento?

—Sí, cinco muchachos. Después tiraron los cuerpos sobre una carreta y los entraron al cementerio. Los recuerdo a los cinco con camisas blancas. Las camisas blancas y la sangre.

Se detuvieron frente al portón de ingreso a la cancha.

—No cambió nada, el mismo muro, el mismo pedazo de tribuna que se ve ahora. Debajo de la tribuna estaban los vestuarios y las duchas. Ahí, cruzando la calle, había una especie de recova donde paraban los gitanos que pasaban por el pueblo. Se instalaban con sus carros, se quedaban un tiempo y volvían a partir. Durante esos días oías a la gente decir: «Cuiden las gallinas». El portón de la cancha siempre estaba cerrado, pero yo tenía mi lugar por donde podía escalar el muro. Un día en que me metí en los vestuarios me encontré con una muchacha duchándose, una gitana. Por supuesto estaba desnuda.

—¿Qué edad tenías?

—Ocho, nueve años. Supongo.

—¿Qué te pasó cuando viste a una muchacha desnuda?

—Nada.

—¿Habías visto alguna antes?

—Creo que no. Pero igual no me sorprendió. Debió parecerme que no era diferente de descubrir otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Las cosas de mi mundo de entonces.

—¿Cuáles?

—Las de la infancia. Cada cual tuvo las suyas.

—Hacé memoria, nombrame algunas.

—A ver, dejame pensar.

Intentó enumerar: la cabra pariendo en el establo, las cuevas de los animales en la tierra ante las que montaba guardia durante horas, un atajo escondido en el bosque que llevaba vaya a saber dónde, una gruta que encontró en una de sus andanzas y cuya entrada estaba oculta por la vegetación y en la que se animó a meterse solo unos

metros para gritar su nombre hacia la oscuridad y después salir corriendo perseguido por el eco. Eran manifestaciones de una realidad secreta y nueva pero que también de alguna manera ya conocía de antemano. Se le revelaban y era como si volvieran a encontrarse. Estaban hechos de la misma materia, hablaban el mismo lenguaje.

—¿La gitana qué hizo?

—Me miró y se rió.

—¿Trató de taparse?

—No. Se reía.

—¿Qué clase de risa?

—Me pareció que divertida, cómplice.

—¿Y vos?

—Yo sentí esa complicidad. Y era agradable. Era algo bueno. Un buen sentimiento. Eso es lo que creo recordar.

Siguieron andando.

Pasaron por una casa con un terreno grande y vieron un hombre hachando un tronco. El torso desnudo, mojado de transpiración, brillaba al sol. El hombre manejaba el hacha con método y vigor. Los hachazos resonaban regulares y nítidos. El padre se detuvo, atrapado por aquella figura.

—Lo conozco —murmuró.

No se trataba solamente del hombre, sino de cuanto lo rodeaba, la luz, las montañas al fondo, el eco de los golpes altos en la mañana. Era una imagen que venía de lejos.

—A ese hombre lo conozco —volvió a murmurar.

—¿Qué dijiste? —preguntó la hija.

No le contestó. ¿Desde cuándo hablaba solo?

La hija se apartó unos pasos y esperó.

Retomaron el camino. La imagen del hombre manejando el hacha lo siguió acompañando, insistente, exigente, como un acertijo no resuelto o un nombre que no se consigue recordar. Bajaron por una calle de tierra bordeada de pinos y después de una curva se encontraron ante un puente de hierro. El río correntoso corría muy abajo. El padre apuró el paso, dejó atrás a la hija, caminó casi hasta el otro extremo del puente y se detuvo. Ahí nomás, al pie del cerro, se veía una construcción alargada y gris, evidentemente abandonada. El padre sabía que había sido una fábrica. Después del puente el camino giraba hacia la izquierda y se perdía detrás de la vegetación espesa. Tuvo un comienzo de recuerdo relacionado con aquel camino y lo que había más allá, doblando. Cerró los ojos, se concentró, los volvió a abrir y emprendió una carrerita hasta salir del puente y asomarse a la curva. Regresó junto a la hija.

—¿Estás buscando algo? —dijo ella.

—¿Por qué lo preguntás?

—Todo el tiempo tengo esa impresión.

El padre tardó en volver a hablar. Finalmente dijo que creía que sí, que creía estar

buscando algo.

—¿Creés?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué sería eso que creés que estás buscando?

—No sé.

La hija no insistió.

El padre levantó del suelo un pedazo de rama seca y se asomó a la baranda. Dejó caer la rama y vio cómo la corriente se la llevaba. La perdió, volvió a detectarla, se le perdió definitivamente. ¿Qué estaría pensando de él su hija? ¿Pensaría que su padre se estaba volviendo extraño? «Quizás haga más preguntas cuando nos sentemos a tomar un café o durante la cena». Tampoco entonces sabría qué contestarle.

En el camino apareció un hombre precedido por dos perros a los que sujetaba con correas. Los perros eran de caza. Desde el extremo del puente por el que habían ingresado padre e hija avanzaba otro hombre. Cuando los dos se cruzaron, se detuvieron a conversar. Los tenían cerca. La hija chasqueó los dedos y ambos perros la miraron con sus ojos mansos e inteligentes.

—Son lindos —dijo la hija.

—Sí —dijo el padre.

De muchacho, también él, en algunas oportunidades, había caminado los campos cargando una escopeta. Después comenzó a detestar la caza. Aunque recordaba con simpatía la imagen de los perros en acción. Completó el pensamiento en voz alta:

—Hacen bien su trabajo, son buena gente.

Y luego sonriendo agregó:

—Ellos saben lo que buscan.

Dejaron atrás el puente y bordearon el río en dirección al lago. Era una zona poco poblada. Solamente de tanto en tanto aparecía una casa. Sobre la cuesta se veía una iglesia a la que se llegaba subiendo una larga escalinata en zigzag.

Habían subido hasta la iglesia. Rústica, los muros gastados, un campanario de poca altura. El único ornamento de la fachada era un arco sobre la entrada, un nicho con un pequeño santo y una roseta por encima. Estaba cerrada. En un cartel junto a la puerta figuraban los horarios de misa de los fines de semana. A un costado trepaba un sendero entre los árboles. Había un espacio empedrado en la parte delantera y un murito donde se sentaron, de espaldas a la iglesia, con las piernas colgando. Desde ahí veían el río, el pueblo y al fondo el lago vibrante de luz.

Por el sendero que se perdía detrás de la iglesia apareció un ciclista, camiseta a franjas amarillas y verdes, y la bicicleta de carrera al hombro con ambas ruedas torcidas. Pasó y, en un italiano con acento alemán, dijo:

—Un accidente.

Rió al hablar y siguió riendo mientras bajaba toda la escalinata.

—¿De qué se ríe tanto? —dijo la hija.

—Al parecer le causó mucha gracia haber reventado la bicicleta. Así, como la de este alemán, eran las risas de aquellos dos soldados americanos de la cancha de fútbol de que te hablé. Risas tontas.

El alemán desapareció.

—Acá se hacía el pesebre más grande del pueblo. Subíamos a verlo. Quizá se siga haciendo.

—En tu casa se hacía pesebre.

—Sí, como en todas las casas, pero este era especial. Figuras de tamaño natural. Con la iluminación, las caras y las manos parecían de seres vivos, personajes de verdad, impresionaban. A mí, María, José, el Niño, en realidad no me interesaban demasiado, no me decían nada, tenían una historia sin secretos, los veía todo el tiempo y en todas partes. Los Reyes Magos eran diferentes, aparecían en una única fecha fija, venían de países desconocidos, de Oriente, se guiaban por las estrellas, estaban cargados de misterio. Esos sí me atraían. Subía para verlos a ellos. Me acercaba despacio, en silencio, los miraba de muy cerca.

La hija giró sobre el murito, se paró, caminó hasta la puerta de la iglesia y golpeó tres veces con la mano abierta.

—¿Qué estás haciendo?

—A lo mejor nos abren.

—No hay nadie. El cura sube para dar misa los sábados y domingos y después se va. ¿Para qué querés que nos abran?

—Para que nos dejen ver a los Reyes Magos, en algún lugar deben estar ahí adentro, ¿o se volverán a Oriente cada año?

La hija golpeó un par de veces más y regresó a sentarse en el murito. Por el camino pasó una motocicleta y, cuando se perdió, la calma que los rodeaba se había acentuado.

—Una vez los vi cruzando el cielo —dijo el padre.

—¿A quiénes?

—A los Reyes.

—¿Cómo que los viste?

—Los vi.

—¿Cuándo?

—Fue la última Navidad que pasamos en el pueblo. Mi padre ya estaba en América.

—Contame.

Tenían fecha de partida. Aquella fue una Nochebuena rara. Su madre estaba triste por tener que dejar su casa. La había oído hablar con una vecina: «Después de soportar la guerra, tantos peligros, tantas privaciones, tanto miedo, ahora que volvemos a estar tranquilos, ahora que podemos empezar de nuevo, tenemos que dejar lo que nos queda e irnos. No está bien». También a él le parecía que no estaba bien, compartía el desconsuelo de la madre, le apenaba abandonar a sus amigos, a sus ríos y sus montañas, pese a que la posibilidad de cruzar el mar y conocer la América mítica de los libros resultara un gran atractivo. La cuestión que fue una Navidad diferente de todas las que recordaba. Y esa noche salió al patio y los vio en el cielo. Iban uno detrás de otro, ni muy cerca ni muy distanciados, un poco doblados hacia adelante, desplazándose altos sobre las casas. Ya no eran los seres espléndidos que había visto desde siempre. Ya no tenían aspecto de reyes. Habían perdido toda majestad. Habían perdido todo misterio. Sus ropas le parecieron grises y raídas. Era como si la atroz historia de los hombres matándose unos a otros, obligados a dejar sus casas y partir lejos para siempre, los hubiese empobrecido también a ellos. Avanzaban penosamente allá arriba, por encima del mundo de los humillados. Arrastraban un gran cansancio. Y él, ahí abajo, en el patio de su casa, pensó que ahora eran gente como todos. Golpeados, desilusionados, pero esforzándose por cumplir con su tarea, trabajadores aplicados, trabajadores condenados, insistiendo, volviendo y volviendo, obstinados, igual que su padre y su madre, igual que cualquiera de los que andaban bajo el sol.

El padre calló y siguió un silencio prolongado. Se oyó cantar un gallo, camino arriba. Una avioneta surcó el cielo y dejó una estela blanca.

El padre señaló al frente, del otro lado del río: en los jardines de algunas casas se destacaban las plantas de caquis cargadas de frutos, manchas de un anaranjado fuerte.

—Son hermosos —dijo—. En mi casa había una planta de caquis, mi padre recogía los frutos todavía un poco verdes y los ponía a madurar encima del ropero, sobre hojas de papel, en el dormitorio.

—Creo que nunca los probé.

—Después, cuando pasemos por una frutería compramos. Toda esa cuesta que se ve allá, todo eso que está construido, antes era zona de árboles y arbustos. Llevaba a pastar las dos o tres ovejas y la cabra que teníamos, me quedaba las tardes enteras

dando vueltas por ahí.

—¿Qué hacías todo ese tiempo mientras las ovejas pastaban?

—Me entretenía a mi manera. Me las ingeniaba para pasar el tiempo. Aprendía a estar solo.

—¿A estar solo? ¿Y cómo resultó, aprendiste?

—Me parece que demasiado. Se me convirtió en un vicio. Pero lo que quería contarte es que en el colegio las monjas me decían Pequeño Giotto.

—¿Por qué Giotto?

—Giotto era hijo de pastores y salía con su rebaño y cuando encontraba una roca lisa se ponía a dibujar sus ovejas con un trozo de tiza o de carbón. Un día pasó por ahí un célebre pintor, Cimabue, y quedó impresionado por el talento natural de ese chico, habló con los padres, se lo llevó a su taller y con el tiempo el aprendiz se convirtió en un gran artista. Así lo cuenta la historia. Parece que yo dibujaba bien en mis cuadernos del colegio. Las monjas decían que era un pequeño Giotto. Me pronosticaban también a mí un futuro de artista. Supongo que la asociación con Giotto, más que por mis dibujos en los cuadernos, provenía de la coincidencia de que ambos saliéramos a pastar ovejas.

—¿Y cómo te fue con eso?

—¿Convertirme en pintor? Creo que las monjas me habían convencido, así que después, cuando estuve en la Argentina, a medida que fui creciendo lo intenté, sobre todo cuando a los diecisiete dejé el pueblo y partí para Buenos Aires. Me fui de noche sin decirle nada a nadie para evitar tener que dar explicaciones. Quería conocer la gran ciudad y de paso buscar un maestro que me enseñara a pintar. Pero no era fácil. Encontré un lugar gratuito donde podía ir y dibujar figuras de yeso. Y eso fue todo. No conocía a nadie, debía ganarme la vida trabajando de cualquier cosa, vivía en pensiones miserables compartiendo habitaciones con cuatro o cinco personas, nunca tenía un centavo. Imposible intentar pintar en esas condiciones, sin espacio, sin plata para materiales. Mi vida en esos tiempos fue puro desorden.

—Ese fue el comienzo en la ciudad, ¿y después?

—A los primeros desórdenes le siguieron otros. Desórdenes nuevos, diferentes, pero en esencia nada cambió demasiado con el paso de los años. La cuestión que la pintura fue quedando relegada y finalmente descartada.

—¿Siempre la falta de dinero?

—Esa parecería una de las razones iniciales o la excusa inicial. Hubo otras trabas que se interpusieron. Y lo más probable, la explicación más sencilla, es que no tuviese talento. Tampoco suficiente voluntad, suficiente convicción. En cuanto al dinero, elaboré una historia tonta.

El padre se paró, levantó una piedra, le apuntó a un tronco que estaba bastante lejos, tiró y le acertó.

—Todavía tengo buena puntería.

—Estoy esperando esa historia que elaboraste —dijo la hija.

El padre volvió a sentarse.

—A ver si te lo puedo explicar. No sé de dónde me vino la idea, tal vez de algunas lecturas, pero desde el comienzo me había convencido de que despreciaba el dinero, lo despreciaba absolutamente, y por eso nunca llegaría a tenerlo. A los veinte años no es tan difícil vivir a los tumbos. Mucho después, cuando lo necesité realmente para solucionar problemas que para mí eran serios, tampoco pude conseguirlo por más esfuerzos que realizara. No digo conseguir mucho, pero lo necesario para salir de aquellos malos momentos. Y eran de verdad malos momentos. Entonces, en lugar de asumir mi incapacidad para ganarlo, seguí con mi historia tonta y me inventé que el dinero se negaba a venir para vengarse por haberlo despreciado tanto.

La hija pensó un poco.

—Quizá no sea una historia tan tonta.

Le resultaba extraño al padre hablar de esos temas ahí, sobre el río que corría abajo, uno de los ríos de su infancia.

Retomaron el camino en dirección al pueblo. Oyeron música. Poco después se detuvieron ante un portón abierto y vieron a un muchacho que tocaba el acordeón sentado en el banco de un jardín. Tocaba una canción de cuna. Atrás estaba la casa. Y más allá un terreno con hileras de vides cargadas de racimos. A través de una ventana abierta se veía gente sentada alrededor de una mesa larga. En la puerta de entrada de la casa habían colgado un gran moño color rosa.

—Nació una nena —dijo el padre—, seguro están festejando el bautismo.

De la casa salió un anciano con una botella y llenó el vaso del músico. Vio al padre y a la hija parados en la calle, entró, volvió con dos vasos, se acercó y les ofreció vino. Era un viejo encorvado y enérgico.

—Beban —dijo mientras servía.

—¿Qué nombre le pusieron? —preguntó el padre.

—Adriana.

—Por Adriana —dijo el padre levantando el vaso.

—Por Adriana —dijo la hija.

El padre apenas se mojó los labios, después tomó un sorbo y lo saboreó. «En una oportunidad como esta, en este lugar, puedo permitírmelo», pensó. Otro sorbo más. No pasó de ahí. Mientras bebían, el anciano los estuvo observando con sus ojos claros y sagaces.

—¿Bueno? —preguntó.

—Muy bueno.

—Este vino lo hago yo, con mi uva.

Se lo veía orgulloso.

El padre hubiese podido contar que en su casa, cuando él era chico, también se hacía vino, y entonces tendrían tema para largo y el anciano volvería a servirles y seguirían brindando. Prefirió callar.

Desde la ventana una mujer llamó:

—Fausto.

—Voy —gritó el anciano.

Se despidió y caminó rápido hacia la casa.

Dejaron los vasos sobre un banco, cerca de la entrada y siguieron. La música los acompañó durante un largo trecho. Buena compañía.

—Tenés que contarme de mi nacimiento —dijo la hija.

—Cuando naciste no tenías nombre todavía.

—¿Cómo es eso?

—No te lo habíamos elegido. Solo tuviste nombre un día o dos o tres después, cuando finalmente nos pusimos de acuerdo.

—¿Y mientras tanto cómo me llamaban?

—De ninguna manera.

Se fueron acercando al centro, la parte vieja del pueblo. Pasaron por un supermercado. Adentro estaba lleno de gente y en la calle los clientes cargaban los baúles de los coches con el afán de quien está a punto de emigrar huyendo ante la inminencia de una invasión.

Tomaron por la calle de los negocios y el padre propuso sentarse en una confitería. La hija dijo que caminaría un poco, que la esperara, quería mirar vidrieras.

—Cuando venga quiero saber más de ese tiempo en que no tuve nombre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el padre sonriendo.

Se sentó y pidió café.

Vio pasar una bandeja con cervezas y ahora que había tomado aquellos tragos de vino sintió que ahí estaba, una vez más, tan poderosa como siempre, la invitación al abandono. De nuevo se encontraba en la pendiente, listo para rodar. Había bastado tan poco, un par de sorbos, para que regresara la evidencia de la esclavitud con el alcohol. Ahora no paraba de estudiar las botellas en los estantes detrás del mostrador. Solo tenía que levantar el brazo, llamar al mozo y hacer su pedido. Tuvo que esforzarse para no ceder. Superaba la tentación y segundos después las ganas volvían. Trató de pensar en otras cosas, nada negativo, nada que pudiera deprimirlo aunque fuera un poquito, porque esa era justamente la llave necesaria para abrir el candado y liberar la vieja frase: «Al fin y al cabo, ¿para qué resistir, qué sentido tiene?».

En la mesa de al lado dos rubias, mujeres jóvenes, tomaban aperitivos. Hablara una o hablara la otra todo era motivo de carcajadas y se echaban sobre la mesa, las caras entre las manos, mientras las espaldas se sacudían por las convulsiones y luego se enderezaban y se secaban los ojos humedecidos y retomaban la charla e inmediatamente de nuevo a reír. Acabaron los aperitivos y una levantó el brazo para pedir otra vuelta y al hacerlo hubo una sucesión de ataques de risa mientras intentaban hacerse entender por el mozo que las miraba sonriente.

El padre hizo un esfuerzo para desentenderse de ellas y de todas las bebidas que lo rodeaban y pensó en la hija que aparecería en cualquier momento y en lo acordado con respecto a aquellos días en que ella no había tenido nombre. ¿Cómo había sido aquel nacimiento?

Los dolores comenzaron por la mañana, poco antes del mediodía.

Él llama a un amigo para que venga a buscarlos con el coche, después viaja hasta una pequeña clínica, en un barrio al oeste de la ciudad.

La recomendó un conocido, que es hermano del director, le hicieron precio especial.

Habitación en el primer piso, ventana que da al jardín, casas dispersas, techos de tejas en la neblina.

Aquel perro, un ovejero alemán, que corre sin parar de un extremo a otro de una terraza, yendo y viniendo, yendo y viniendo.

Esperar las contracciones, controlar el reloj y mirar a través del vidrio.

Toda la tarde escucha sus quejidos de dolor o de placer.

Tal vez sufra, pero maneja el asunto bastante bien, para eso hizo el curso de parto sin dolor.

Sale al pasillo, fuma, fuma con ganas, fuma con todo el cuerpo.

Se esfuerza por tomar conciencia de que está ante un acontecimiento trascendental.

Siente que no logra integrarse a la situación, que permanece afuera, al borde, un observador.

Y sin embargo quiere estar, quiere participar, debe participar.

Vuelve a la habitación.

El perro no cesa de correr.

Oscurece sobre las tejas mojadas.

Aparece la enfermera, controla.

Aparece la partera, controla.

Dice:

—Vamos.

Sigue a la camilla.

Recorre el pasillo como si no fuera él quien camina. «No soy yo, es otro».

Una puerta que se abre, una puerta que se cierra. Adelante, llegó la hora. Ahí está ella, boca arriba con su gran panza. Él cree saber que ni siquiera en esta situación pierde el control sobre todo lo que la rodea. Absolutamente todo.

Se dice: «Ella nunca se distrae, no se acuesta, no se recuesta, no se sienta, ella se agazapa».

Es así, una mujer en estado de alerta, una mujer en acecho permanente.

Eso es algo que le gustó y le sigue gustando de la que está por parir.

Hay buen ambiente, se bromea.

Le alcanzan un saco blanco, se lo pone, administra el oxígeno, le seca el sudor de la frente, hace lo que le ordenan.

A ella le aplican lo que él entiende que es un anestésico.

Minutos después, relajada, delira un poco, dice cosas graciosas.

La partera y la enfermera ríen.

Él sonrío para acompañarlas.

También desde esa ventana puede ver al perro loco.

Pronto se producirá el nacimiento.

Falta poco.

Poco.

Cierta vez lo asaltó un olor al cruzar una plaza en la ciudad, un olor a hojas húmedas, a vegetales fermentados, a sombras, a cosas lejanas, jamás pudo olvidarlo, era un olor a bosque de su niñez, algún rincón de un bosque, jamás, jamás pudo olvidarlo.

Ese olor acaba de volver con fuerza, ahí en esa habitación donde alguien está por nacer.

Pujar.

La partera incita, alienta:

—Vamos, fuerza, ahora, vamos, muchacha.

Lo llama a los pies de la camilla para que vea la cabeza que comienza a asomar.

—Ya viene.

Último esfuerzo, sale.

Gran suspiro de la madre.

—Mujer —dice la partera.

Le alcanza las tijeras.

—Tome, corte usted.

Está bien que sea así, es el padre, corta el cordón donde le indican.

Una pequeña cosa rosada, berrea.

La arropan, se la alcanzan, tiene los ojos abiertos.

Él piensa: «Cosa increíble los ojos».

Sostiene el bulto con cuidado, con mucho cuidado, le da un poco de temor tanta responsabilidad, permanece clavado en el mismo sitio, no se anima a moverse, se siente en la obligación de hablar, murmura un par de frases, le parece que repite todo el tiempo las mismas palabras.

Ya está, suficiente, la enfermera toma a la recién nacida.

Le dicen:

—Vaya a dar una vuelta, coma algo.

Anocheció.

Restos humeantes de una fogata en un baldío, se acerca, alimenta el fuego y lo ve crecer.

El fuego arde en los suburbios de la ciudad, en la noche de la ciudad, a poca distancia de donde alguien acaba de nacer.

El fuego ilumina el terreno, pone sonidos secos y precisos en la quietud de los faroles y las casas ciegas rodeadas por jardines.

El fuego se alimenta de cosas desechadas: pedazos de cartón, cajones de frutas, restos de muebles.

El fuego tiene poder, transforma todo lo que toca.

Él trata de acordarse de todos los fuegos que vio arder.

Aquella fogata de la Noche de San Juan, el calor en las piernas desnudas, la muchacha del brazo de su compañero que dio un paso adelante, se le puso al lado y lo tomó de la mano.

Recordar, recordar ahora que es invierno y el esfuerzo por tomar conciencia del acontecimiento trascendental que está viviendo se convierte en una tensión que crece, que lo desborda, que no puede manejar.

Continúa sintiéndose un extraño: ¿cómo se hace?, ¿cómo se ingresa?

Bajo el cielo sin estrellas sigue siendo lo que ha sido tantas veces, un tipo con la mente en blanco, quieto, espionando el movimiento de las llamas.

Cada una de sus horas pasadas acude a este momento para dictarle una vieja canción, la vieja tonada invernal que siempre vuelve, el estribillo que siempre vuelve: antes, ahora, ahí están, ahí están haciendo acto de presencia todos los desórdenes.

Y una pregunta más: ¿dónde se esconde el equilibrio?

Frente a la fogata se hace promesas: cambiará esto, empezará esto otro.

Promesas que no cumplirá.

Que no cumplirá.

Que no cumplirá.

¿O sí?

Quizá pueda a partir de este momento.

A poca altura cruza una sombra, un pájaro nocturno.

El fuego se extingue, es hora de regresar.

Se aleja del baldío, en una de las calles transversales, pálido, titila el cartel de un bar.

El cartel lo llama.

Lo llama a él.

Sería tan fácil, son apenas unos cien metros.

Va a ver, es un lugar sórdido, cuatro clientes.

«No debo entrar».

Sigue de largo. Regresa a la clínica.

La madre duerme, la hija duerme.

De pie en la penumbra de esa habitación, lejos de la infancia, igualmente lejos de la madurez, con escasa capacidad de amor, con escasa capacidad de odio, ¿qué otra cosa debería hacer salvo hablarle a ella, a la recién nacida, a la sin nombre?

Su cabeza ensaya esbozos de mensajes.

Esbozos, atisbos, manotazos, sondas lanzadas al vacío.

Ella respira su pequeño respiro, nunca sabrá de este intento de acercamiento del

padre en la noche inicial de su vida.

¿Y aquel olor de hojas húmedas?

Aquel olor era algo vivo, tan vivo como la llama subiendo en la noche, la llama que hipnotiza.

Olor a hojas, fuego, son una misma fuerza, les pertenecen a ambos, al padre, a la hija, es el primer punto de contacto que él acaba de encontrar.

Tal vez afuera, en el frío, el perro siga corriendo sobre la terraza, yendo y viniendo, yendo y viniendo.

También el perro podría entrar en esa carta que nunca logró escribir.

Los faros de un coche iluminan la ventana y se van.

Lo dijo la partera, lo dijo la enfermera: fue un buen parto, muy buen parto.

Ahora, permanecer quieto en la penumbra, velar el sueño de la madre, velar el sueño de la hija.

Se despertó en la mitad de la noche. A sus espaldas, en la otra cama, la hija se movió y balbuceó algo en sueños. La cortina del ventanal que daba al balcón estaba un poco corrida y podía ver las copas de los árboles blanqueadas por la luna. Pensó: «Está todo bien». Miró la hora. Eran apenas las tres y media. Se notó impaciente por salir y volver a caminar.

Hizo un balance de esos días.

Pensó en los otros regresos. Sobre todo en el primero. Lo recordaba bien. El momento de la llegada y las caminatas posteriores, ansiosas y desilusionadas. Las imágenes con las que había venido a encontrarse, las que supuestamente lo esperaban al concretarse la cita largamente postergada, ya no eran las mismas. Conservadas en la memoria durante tantos años, cuidadas, intocadas, habían seguido siendo suyas hasta horas antes, momentos antes de ingresar al pueblo, pero apenas comenzó a recorrer las calles aquellas viejas presencias se esfumaron, se alejaron, se volvieron ajenas. Se habían convertido en decorados, reproducciones. Las tenía frente a él y no lograba acercarse, no conseguía integrarse. Imposible vencer ese divorcio. Y lo había aceptado así.

Ahora, en compañía de la hija, advertía cambios en su relación con el lugar. Y no se trataba solamente de la posibilidad de superar aunque fuera en parte la barrera, de establecer un vínculo con aquello que se le había negado. Era eso y también algo más. Transitaba esos días con la sensación de encontrarse ante la inminencia de novedades, sorpresas, hallazgos, cuya naturaleza obviamente ignoraba, pero que creía percibir insinuándose todo el tiempo, rondándolo, esperándolo en alguna parte.

Esa sensación había comenzado en la orilla del lago, la primera mañana, con su hija acuclillada y acariciando las piedras. Y siguieron apareciendo avisos después, mientras andaban juntos. Nacían de pronto, se manifestaban a través de un repentino sentimiento de intimidad hacia un detalle cualquiera del paisaje: un escalonamiento de tejados vistos desde arriba, destellos en el agua, un balcón con geranios, figuras quietas en la costa, la curva de un cerro. Algo se le aproximaba, le permitía rozarlo. Aquellos acercamientos no duraban demasiado. Eran chispazos. Pero se repetían. Cuando se esfumaban él se quedaba mirando alrededor con el asombro y el agradecimiento de alguien que estuvo a punto de atrapar una maravilla.

Estaban parados sobre una cuesta alta y muy escarpada. Había viento. Abajo, desde la base de la cuesta hasta el río, solo se veían manchones aislados de musgo en una extensión de piedras claras. La zona árida se prolongaba hacia la derecha y hacia la izquierda, bajando y subiendo el curso del río.

—Ya no quedan ni rastros —dijo el padre.

—¿De qué?

—¿Ves todo eso donde no hay nada?

—Lo veo.

—Ahí estaba la bosquina.

—¿Qué?

—La bosquina.

—Contame.

—Era un bosque muy tupido, muy cerrado. Lo llamaban bosquina.

El padre avanzó un paso hacia el borde. La hija se le colocó al lado. El viento les daba de frente. Ahora soplaba con más fuerza, silbaba alrededor y era necesario levantar la voz para hacerse oír. El padre comenzó a explicar. Los árboles de la bosquina eran altos y de tronco fino y espinoso. Espinas largas. No había ningún sendero para cruzar ese bosque, así que no resultaba fácil meterse, nadie pasaba nunca por ahí. Arriba el follaje era compacto, apenas penetraba la luz del sol. La bosquina era una zona de sombra. Contaban una historia, una leyenda. El que entrara debía hacerlo de espaldas y andar doscientos pasos hacia atrás y con los ojos cerrados antes de abrirlos y darse vuelta.

—¿Y eso por qué?

—Para protegerse.

—¿De qué?

—Del peligro.

—¿Cuál era el peligro?

—Nunca lo supe. Nadie lo sabía. Lo único que te decían los que hablaban de la bosquina era que ahí había algo y que ese algo era terrible.

—¿Y quiénes eran los que hablaban así?

—Los viejos. Siempre los viejos o más bien las viejas. No todas, algunas. Disfrutaban aterrizándonos a los chicos.

—Y con los doscientos pasos hacia atrás quedabas a salvo.

—Eso decían.

—¿Por qué doscientos? Es un número raro. Cien sería entendible. O mil. Incluso quinientos. ¿Pero doscientos?

—Bueno, era así.

—¿Y nunca nadie sugirió qué era lo que podía haber ahí, de qué se trataba? ¿No existía una historia en la memoria de la gente, una voz que recordara que en una

oportunidad le habían contado que a alguien a su vez le había contado que en un tiempo alguien había visto? Ese tipo de cosas.

—No. Además el puro misterio resultaba más efectivo. Muchas veces, cuando andaba por acá, me sentaba sobre una piedra y me quedaba mirando la bosquina, preguntándome qué habría ahí adentro.

—¿Te daba miedo?

—Sí, me daba miedo. La bosquina se me metía en los sueños. Eran sueños feos.

—¿Cómo eran?

—No me acuerdo. Pero sé que no quería soñar con eso. Al mismo tiempo la bosquina me tentaba. Un día me animé.

—¿Te animaste a qué?

—Entré.

—¿Entraste caminando hacia atrás y con los ojos cerrados?

—Claro.

—Doscientos pasos.

—Doscientos. Bien contados. Terminé con los brazos rayados por las espinas y con pinchazos en toda la espalda.

—¿Y una vez adentro?

—Nada, por todos lados esos árboles finos y altos que no dejaban entrar el sol. Y un gran silencio. Me parecía que alrededor oía respirar a la bosquina.

—¿Y qué hiciste?

—Anduve.

—¿Esperabas encontrarte con algo?

—Quizá sí.

—¿Tenías alguna fantasía de cómo podría ser?

—No. Pero me parece que a medida que avanzaba me iba sintiendo fuerte. Aquel había sido un desafío. Mi primer gran desafío.

—Y estabas ganando.

—Exacto. Mucho después, años después, si me ponía a pensar en la bosquina me preguntaba: ¿qué fue lo que hizo que me animara a meterme?

—¿Y qué te contestabas?

—Que entré porque me daba miedo.

—Explicame mejor.

—La respuesta que me daba, la que todavía me gusta darme, es: porque algo me estaba diciendo que era indispensable hacerlo, vencer el temor, de lo contrario hubiese quedado ahí una gran deuda pendiente, una deuda que después me acompañaría para siempre, y que aquella primera prueba fue el bautismo para otras que vinieron más tarde, tantas otras, lejos de este pueblo, allá en un país del otro lado del mar.

La hija aprobó con varios movimientos de cabeza.

—Me parece una buena respuesta —gritó en el viento.

—Me gusta pensar eso. Pensar que la bosquina me sirvió de ayuda.

Durante largos minutos no volvieron a hablar.

El padre miró a la hija de reojo. La vio muy seria. Como cada vez que le contaba de su niñez sintió que no se trataba solamente de historias lejanas, perdidas y ahora rescatadas para un recuerdo pasajero. Sino que volvían a estar vivas. Las vivían juntos. Juntos mirando dentro del hoyo que el vecino cavaba alrededor del árbol de donde sacaba monedas de oro. Juntos ante la sonrisa de la gitana duchándose en los vestuarios de la cancha de fútbol.

—Si todavía estuviese la bosquina podría someterme a la prueba también yo y tener mi bautismo —dijo la hija.

—Vos ya tuviste tus pruebas y tus propios bautismos.

—¿Te parece?

—Estoy seguro de eso.

—De todos modos, aunque no quede nada, podemos bajar y cruzar de una punta a la otra.

—Está bien.

Dieron un rodeo, encontraron un sendero, bajaron y empezaron a andar. No era fácil caminar por ahí. Había que pisar con cuidado para no torcerse un tobillo. El sol pronto se ocultaría. Grande y rojo, estaba sobre la montaña que tenían enfrente. El padre miró a su derecha y se imaginó a sí mismo todavía parado allá arriba, en lo alto de la cuesta de la que acababan de bajar, viéndose caminar junto a su hija en aquel gran espacio donde solo había musgo y piedras. «Allá van, allá van, cruzando el territorio árido, tan intratable como aquel otro de la cerrada cortina de troncos espinosos, allá van, solos, lentos, oscuros y diminutos, venidos de lejos, abriéndose paso en el viento, cegados por el sol, abriéndose paso rumbo hacia alguna parte con esfuerzo y tenacidad, hacia alguna parte, hacia alguna parte, unidos, en alianza», decía el que estaba arriba.

Llegaron al final, subieron entre matas de moreras y desembocaron en un caminito de tierra. La hija se dio vuelta y miró hacia abajo.

—Ahora podré contar que atravesé un lugar que en un tiempo fue un bosque encantado —dijo.

Rumbearon hacia el centro del pueblo, fueron hasta la casa de ropa y retiraron la blusa y el pantalón.

El padre contaba para la hija pero también para sí mismo. Permanecía atento a su propia voz, a cada imagen evocada, a cada palabra pronunciada.

Quizás eso que buscaba y se le prometía y no sabía qué era se encontrara oculto en las palabras, en el poder de las palabras, en su resonancia, en la combinación de algunas de ellas. Quizá se agazapase ahí.

Y quizá por eso se había vuelto insólitamente locuaz en esos días. Y sus relatos eran demorados y se esforzaba por ser preciso, porque quería informar adecuadamente, pero al mismo tiempo para darse una oportunidad, y cuando hablaba y también cuando permanecía en silencio había una parte de su cabeza que le enviaba mensajes desde una enorme distancia, como si su cabeza estuviese compartida por otro, ocupada por otro, que desde lejos trabajara por su cuenta para decir lo suyo, y que no descansaba, alerta y activo tanto en la vigilia como en el sueño. Y entonces eran tres los que andaban por ese pueblo y los alrededores: su hija, él y ese otro que lo acompañaba, que sugería, que tenía voz propia, lenguaje propio, tal vez voz y lenguaje de aquel que el padre había sido allá al fondo de los años, en el origen de todas las cosas, cuando era un aprendiz de palabras.

Después de almorzar la hija dijo que necesitaba volver al cibercafé y hacia allá fueron. El padre con algo de preocupación teniendo en cuenta las consecuencias de la visita anterior. Pasaron cerca de una plaza donde había gran actividad, puestos de todo tipo y muchas personas circulando.

—Día de mercado —dijo el padre—. Se sigue haciendo en sábado.

Llegaron al cibercafé, el padre se despidió en la puerta: iría a caminar un poco, se encontrarían más tarde en el bar del embarcadero viejo.

Regresó al mercado. La plaza era muy grande. Estaba el pueblo entero ahí. Empezó a andar, se mezcló con la gente. Le gustaba recorrer los puestos y detenerse a observar la mercadería expuesta, los colores, oler los perfumes. Había de todo lo que se pueda imaginar: desde alimentos, indumentarias, flores, herramientas, hasta pájaros enjaulados. Algunos vendedores ofrecían a los gritos elogiando sus productos, bromeaban entre ellos. Después de andar un rato el padre apartó la vista de los puestos y prestó atención a las personas que desfilaban, a las caras. Siempre le habían interesado las caras. Algunas de las que pasaban quizá perteneciesen a compañeros o compañeras de escuela, quizás a los hijos. Pensó: «También todas estas caras son mi pueblo». Al principio no logró descubrir gran cosa, pero fue prestando más y más atención, se dejó absorber por esa actividad de espía, poco a poco empezó a calar hondo, y ahí estaba nuevamente el chico que alguna vez fue, el que nunca había dejado de ser, deslizándose por el mundo, investigando, esforzándose por ver, por entender, por sacar conclusiones. El chico.

Y lo que veo mientras avanzo o me detengo son muchas caras de cera, caras muertas, caras de nada. Y entre ellas, de tanto en tanto, destacándose, caras alteradas, deformadas por el resentimiento y la envidia, agrietadas por la frustración, caras comprimidas por el odio, tocadas por la demencia, caras violentas, todo el tiempo al borde de pequeños suicidios, todo el tiempo a punto de cometer pequeños asesinatos.

Pero también veo otra clase de caras, aisladas, solitarias, caras que brillan. Muy escasas en realidad. Y cuando aparecen son puro alimento, pura ganancia, permiten seguir soportando la avalancha de fealdades.

Veo una cara solemne y serena e insondable y pienso que así, como esa, debí imaginarme alguna vez que habrán sido las caras de los posibles nobles patriarcas de la antigüedad.

Y veo una que me transmite una paz tan grande que durante un rato, a mi alrededor, no vive nada que no sea paz.

Y veo otra, tan juvenil y espontánea que también yo me percibo fresco y nuevo y ando como levitando.

Veo una en la que se dibuja una ironía distante, muy por encima de las cosas que la rodean, y que me arrastra en su vuelo.

Veo una cara tan desconcertante, tan absolutamente lanzada hacia todo, abierta a todo, que ante ella, después de ella, nada me parece imposible.

Y veo otra que es igual que un pájaro, corta el aire con su perfil agudo, tiene cierta liviandad y se desliza siguiendo un rastro luminoso a través del día.

Y veo otra que es como un potro salvaje, fuerza desatada, firme e invencible en sus obsesiones.

Y veo una cara que está toda concentrada en la frente y la frente es como una roca alta y ancha donde se reflejan sombras de multitudes en movimiento y luchas y resonar de embestidas.

Veo otra que es como hecha de viento y al mirarla parece lícito suponer que su ámbito natural son los caminos y los grandes espacios abiertos.

Veo otra toda marcada de arrugas a la que solo podría definir con la palabra perdurable.

Veo otra que es como un desafío, uno de los ojos semicerrado y el otro muy abierto, inquieto y oscuro, con un brillo demente en el fondo del iris y mirando más lejos de lo que nadie en esa plaza podría hacerlo.

Veo otra que es como un pez, se desplaza entre dos aguas y a su paso es posible percibir un expandirse de ondas acariciantes en el aire tibio.

Veo otra que es como la copa de un árbol o un pastizal, vibrante, tornadiza, levemente esquiva, igual que la promesa del roce de una primera brisa de primavera.

Y veo otra que, para quien la observa, es como un saludo que no cesa, un brindis que se prolonga.

Veo otra que es memoria sobre memoria sobre memoria.

Veo una cuya alegría es tan contagiosa que la realidad cambia de color con su presencia.

Y veo otra que es como una llamarada de luz en la luz.

Y otra que es como un rezo, una meditación, un consuelo.

Y otra que es como una buena sombra de verano, una quietud de interiores.

Otra en la cual la gravedad y la concentración revelan la inteligencia, la firmeza y también un oscuro tormento, y que me causa cierto temor, cierto temblor.

Veo otra que es como una vela desplegada, un elemento marino y en ella todo es incitación a la aventura.

Veo otra tan espléndidamente insolente que obliga a bajar los ojos.

Veo una cara que es como un trofeo, un estandarte, un triunfo, un incendio.

Veo otra que es como un secreto, una caja cerrada, un altillo o un sótano, llena de ecos, de misterios y sugerencias.

Y veo una cara que no podría descender sino de dioses.

El chico.

Dio muchas vueltas al mercado. En uno de los sectores había puestos de artesanía y antigüedades. Se paró frente a un espejo de ostentoso marco dorado y se miró durante un buen rato. Se estudió.

De nuevo pensó: «Sí, también esto es mi pueblo, todas esas caras son parte de mi pueblo, lo mismo que la que estoy viendo en el espejo, la cara de un hombre que busca y no sabe qué».

Cuando llegó al bar del embarcadero la hija todavía no estaba. Se sentó y pidió un café doble.

En ningún momento habían hablado de su anterior visita al cibercafé y de la causa que la había puesto tan mal. Ahora, durante la espera, el padre se fue preparando por si de nuevo volvía con problemas.

En una mesa cerca una mujer leía el diario sosteniéndolo abierto delante de su cara. El padre podía ver los titulares. Noticias de guerras y de atentados. Durante esos días había momentos en que le parecía que fuera del lago y las montañas no existía nada más. Pero bastaba pasar delante de un televisor en un bar o, como ahora, enfrentarse con los titulares de un diario para que la locura del mundo viniera a buscarlo y lo devolviera a la realidad. En cualquier dirección que tomara, a partir de la quietud de ese viejo embarcadero, a no mucha distancia de la silla en la que estaba cómodamente sentado, se iba a topar con sitios donde cada día estallaba la violencia, donde explotaban las bombas, donde se perpetuaban atrocidades.

Siempre había sido igual. Y pese a todo, ahí estaban aquellos lejanos recuerdos suyos, los de su niñez, los que intentaba transmitirle a su hija, preservados de las barbaries de entonces y las actuales, intactos, limpios, islas, refugios, ¿reservas de esperanza?

Alrededor de la mesa redonda grande ya se encontraban instalados los ancianos jugando a las cartas. El padre pensó que para aquellos hombres la actividad central de sus últimos años era triunfar o perder en aquella mesa tapizada de verde y regresar a sus casas cada noche victoriosos o derrotados y volver al bar al día siguiente para reafirmar su superioridad o buscando la revancha, y así jornada tras jornada.

Por primera vez se preguntó cuál hubiese sido su historia de no haber emigrado con su familia a América, en qué dirección se hubiese orientado su existencia, en qué hubiese terminado. Imposible imaginárselo. A esta altura de la vida, ¿iría también él camino a convertirse en uno más de esos ancianos bien vestidos, con su dentadura en orden, sentado a esa mesa o a alguna otra similar?

Llegó la hija con cara de felicidad. El mozo acudió a correrle la silla para que se sentara. Ella pidió café. El padre esperó a que se lo trajeran y después dijo:

—Buenas noticias.

La hija asintió moviendo la cabeza. Tomó un sorbo de café:

—Sí, buenas.

—Al final el drama nunca es tan grande.

Ella sonrió:

—A veces no.

De nuevo era un día espléndido. La hija señaló la orilla de enfrente:

—¿Cruzamos?

En ese momento la puerta se abrió con fuerza y entró el hombre minúsculo, el de

cara de laucha. Fue directo a la mesa de los jugadores, esperó a que se terminara la mano y después habló rápido en voz baja. Hubo una explosión de indignación, mayor que la vez anterior. Por lo que el padre y la hija pudieron entender estaban hablando de aquel cura que no quería vender su propiedad.

Un anciano que jugaba con el sombrero puesto, de voz potente, tuvo palabras críticas para el cura. Dijo que no estaba de acuerdo con la violencia, pero también era cierto, por lo menos según su criterio, que con esa actitud el cura se estaba oponiendo al progreso de la zona.

Las voces subieron todavía más de tono, hablaban todos al mismo tiempo, aquello duró unos minutos. En un comienzo al padre le pareció que los demás estaban en desacuerdo con el que había censurado la postura del sacerdote, hasta hubo insultos, en dialecto, insultos de grueso calibre. Pero luego se dio cuenta de que nadie discutía con nadie, que los insultos no iban dirigidos a nadie, en esa mesa cada cual hablaba solamente para escucharse a sí mismo.

—Traducime lo que dicen en dialecto —pidió la hija.

Cuando el mozo pasó cerca el padre lo llamó:

—¿Sucedió algo más?

Ahora el cura directamente había sufrido una agresión física. La noche anterior lo habían esperado en una calle apartada, después de oscurecido, y le habían dado una paliza, estaba en el hospital, al parecer en bastante mal estado.

—Cuando termine mi turno voy a pasar, no sé si me dejarán verlo, lo conozco bien, fui monaguillo en su iglesia, un buen hombre.

—¿Se pudo saber algo de la empresa que quiere comprar? —preguntó el padre.

—No se sabe nada.

—¿Pero quiénes son?

—Misterio.

—¿Cómo que misterio? De alguna manera se habrán presentado para ofrecerse a comprar.

—Nadie los conoce.

—¿Tampoco el cura?

—Tampoco.

—¿Y las autoridades, la policía, no intervienen? ¿Nadie actúa, nadie investiga?

El mozo se inclinó un poco y bajó la voz:

—En este tipo de negocios siempre están metidos los políticos. Políticos y compañía. Y cuando es así, ¿qué se puede hacer? ¿Cómo hace uno para protegerse si el enemigo es el poder, con qué armas puede pelear? Esta no es la primera víctima, hemos tenido unos cuantos negocitos sucios por acá.

—Si no escuché mal hay uno de esos señores que parece estar de acuerdo con el proyecto del complejo turístico.

—El que habló del progreso de la zona tiene dos hijos metidos en política, ¿eso le dice algo?

El alboroto en la mesa de los ancianos se fue aplacando. Uno de ellos, acomodando el mazo de naipes, dijo:

—¿A quién le toca dar?

Siguieron jugando.

La hija volvió a señalar el lago:

—¿Vamos a cruzar?

Fueron a tomar el transbordador. En el camino encontraron un vendedor de castañas asadas, compraron dos cucuruchos. Salía un transbordador en quince minutos. Cuando subieron se sentaron en la parte de arriba, al aire libre. La hija estaba locuaz después de las buenas noticias en el cibercafé. No paraba de hacer preguntas. Ahora no acerca del pueblo y la niñez del padre, quería saber sobre su vida de adulto.

—¿Cómo fue tu relación con mamá?

El padre se pasó una mano por la frente y miró el cielo, pensativo:

—¿A qué viene esa pregunta?

—Nunca me contaste.

—Tu madre te habrá contado.

—Sí, pero me gustaría escuchar tu versión.

—Es una historia larga, pasaron tantas cosas, no quiero hablar de eso.

—Decime algo, un par de frases, una frase.

—Fue una relación turbulenta. ¿Te alcanza?

—No. Contame algo bueno.

El padre cerró los ojos, permaneció concentrado unos minutos, buscaba una salida para la situación. Estaban solos en la mitad de un lago, aislados, rodeados de luz. Era una de esas oportunidades para hablar, en que todo podía ser dicho. La hija esperaba mirándolo.

—Hubo etapas de gran solidaridad, de gran camaradería, aliados los dos en situaciones difíciles, muy difíciles, existía un enemigo común y estaba afuera. Fueron momentos que definiría como nobles en la relación con tu madre.

—¿Y esos momentos nobles no originaban cambios?

—No. Eso no impedía que entre nosotros siguiera latente ese estado especial de guerra.

—¿Qué fue lo peor?

Una lancha pasó a poca distancia del transbordador, dio una larga curva y se alejó.

—Hubo indignidades, vilezas. No de grandes dimensiones, pero vilezas al fin — dijo el padre.

—¿De parte de quién?

El padre no contestó. Levantó el brazo y señaló hacia un punto de la orilla opuesta donde se movía una larga fila de formas coloridas subiendo una cuesta.

—Mirá —dijo.

—¿Qué tipo de indignidades? ¿Qué tipo de vilezas? —Siguió la hija.

—No voy a contarte.

—¿Por qué no?

—No me gusta acordarme. Y prefiero que sigas respetándonos.

El padre se movió en el asiento, alejándose un poco de la hija, giró la cabeza hacia el lado opuesto. Era una forma de intentar dar la charla por terminada. Sabía que de todos modos ella insistiría. En efecto, unos segundos después:

—Pero la relación duró casi diez años. Me parece que ni vos ni mamá hubiesen soportado tanto tiempo algo que estaba acabado, que estaba muerto. No son ese tipo de personas.

—A lo mejor duró tanto porque queríamos ver quién de los dos ganaba la pulseada.

—¿Y quién ganó?

—¿Alguien gana alguna vez? Tu madre estaba acostumbrada a manejar a los hombres a su antojo, a darlos vuelta y vuelta como una tortilla, y sabía cómo hacerlo, tenía con qué hacerlo.

—¿Y con vos?

—Conmigo fue un poco diferente. Un día me dijo: «¿Sabés por qué seguimos juntos tanto tiempo? Seguimos porque puedo pegarte y pegarte y nunca te caés».

—¿Eso te dijo?

El padre sonrió.

—Una de sus frases.

—Contame más.

—Suficiente.

—Contámelo de vuelta.

—¿Qué cosa?

—Eso de lo que te dijo, en qué momento fue, dónde estaban, qué estaban haciendo. Detalles.

El padre la miró y volvió a sonreír. Ahora se estaba acordando de cuando era nena y él le contaba o le leía un cuento y apenas terminado ella pedía: «Otra vez».

Le acarició la cabeza.

—Vamos —dijo—, estamos atracando.

Bajaron, caminaron un poco por las calles cercanas. La hija arrancó una flor amarilla del costado del camino. Mientras tanto no había parado de preguntar.

—¿Cuando nací yo cambió algo en la relación?

—Llegaste y duramos tres años más. Sin vos nos hubiésemos separado antes. Por supuesto con tu nacimiento hubo buenos períodos, pero todas las naves ya habían sido quemadas.

—Entonces no les serví de nada.

—Nos serviste de mucho. Muchísimo. No a la pareja. Sí individualmente, por lo menos en mí sentí que hubo un cambio grande.

—¿Qué tipo de cambio?

La pregunta lo dejó pensando. Trató de ordenar una respuesta coherente en su

cabeza. No le resultaba fácil. ¿Qué había cambiado? ¿Cómo definirlo? Buscó las palabras. Considerar la vida de otro modo, asignarle otros valores. Valores desconocidos, impensados, inaccesibles hasta el momento de la paternidad. La paternidad le había permitido el acceso a un territorio inédito. Darse cuenta de que la vida hasta ahí de algún modo había sido incompleta. El descubrimiento de un especial espesor de la vida.

Así, más o menos en esos términos, intentó transmitírselo a la hija.

—¿Espesor de la vida? —murmuró ella mirando el suelo y en voz tan baja que el padre apenas pudo oírla.

Fue más bien como si se hubiese formulado una pregunta a sí misma.

Siguieron en silencio durante un largo trecho. La calle por la que iban, después de varias curvas subiendo y bajando, los llevó de nuevo frente al pequeño puerto. Compraron dos helados y se sentaron en un banco de madera, cerca del agua. Había dos cisnes deslizándose entre las barcas amarradas. También patos. Apareció una mujer joven empujando un cochecito con un bebé y se sentó en un banco cerca. El bebé comenzó a llorar. La hija se levantó y fue a mirarlo. La mujer le sonrió:

—Es la hora de su comida.

Lo levantó y lo amamantó.

La hija volvió y retomó las preguntas. Ahora quería saber de otras mujeres en la vida del padre, si hubo alguna importante después de su madre.

—¿Qué te parece si hablamos de otra cosa?

—Yo te conocí varias.

—Eran amigas.

—Eso me decías siempre: es una amiga.

—Te decía la verdad.

—Alguna tiene que haber sido un poco más que eso. Por lo menos una. Una.

El padre rió.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Porque sos vos, es tu vida, es tu historia.

El padre se quedó pensando.

—Ya que tenés tantas ganas de que te cuente algo tengo una pequeña historia.

—¿Qué es?

—Una pequeña historia de amor.

—Bien —dijo la hija con voz festiva—, eso me gusta.

Y se acomodó en el banco.

—¿Ves ese cerro que está detrás de nosotros?

Ella giró la cabeza.

—Lo veo.

El padre empezó a contar. Había una aerosilla para ir hasta la cima. En su primer regreso al pueblo cruzó el lago y la tomó. Era fuera de temporada, además debía de ser un horario de escasa concurrencia, la cuestión que estaba él solo, todas las sillas

vacías, tanto las que subían como las que bajaban. Al llegar más o menos a la mitad del trayecto vio que en una de las sillas que bajaban venía una persona, una mujer. Cuando faltaba un tramo corto para que se cruzaran, las sillas se detuvieron, un desperfecto, un corte de energía. Así quedaron un buen rato, suspendidos, balanceándose con el viento, sin saber qué pasaría. Y se miraban. Allá abajo estaban el lago y los pueblos de las orillas y los pequeños puntos de las embarcaciones surcando el agua. Aquella mujer era hermosa o eso le pareció. Sobre todo lo impresionaron sus ojos oscuros. ¿Qué hacía ahí, sola, semejante belleza? Estaba fascinado. Pasaban los minutos y sintió que se estaba enamorando como un adolescente. O lo que en realidad sintió fue la necesidad de enamorarse. Él acababa de volver después de tantos años y aquella mujer, debió de entrar a formar parte de la misma urgencia de conexión, de comunicación, que lo acompañaba en esos días frente al lago, las montañas, las calles del pueblo, su casa. Y con seguridad también influyó el hecho curioso, sorprendente, de encontrársela allá arriba, en el cielo, viniendo a su encuentro. Estaban a pocos metros, se miraban y no se animó a decirle nada. No habló. Ni una palabra. Podía haber entablado una conversación, era fácil en esas circunstancias, y quizás establecer una cita, proponerle encontrarse abajo y tomar un café. No abrió la boca. Acababa de enamorarse y no habló. Y cuando las sillas sufrieron un leve sacudón y se reinició el movimiento y ella pasó junto a él y seguían mirándose tampoco dijo nada. Nada de nada. Silencio absoluto.

—Y así nos fuimos distanciando, ella hacia abajo, yo hacia arriba, cada vez más lejos, cada vez más lejos, cada vez más lejos, hasta que la perdí de vista.

El padre calló.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿No la volviste a encontrar?

—No. Tuve mi gran oportunidad en aquel breve encuentro en el cielo y la dejé escapar.

—¿Eso es todo?

—Es todo.

Hubo una expresión de desilusión en la cara de la hija, sacudió la cabeza y emitió su típico bufido de cuando algo no la conformaba.

—No te gustó la historia —dijo el padre.

—Me hubiese gustado que tuviera un final feliz.

—No hubo final feliz.

La hija se quedó pensando.

—Lo hubieses inventado. Vos sabes cómo hacerlo.

—Me acordaré para la próxima vez. Ahí viene el transbordador.

Nuevamente subieron la escalerilla y se sentaron arriba. No había nadie más en esa parte del transbordador. Ahora casi no hablaron. El sol se había ocultado y por encima de las montañas negras el cielo se había vuelto color oro. A lo largo de la

costa se iban prendiendo los faroles. Era un placer estar ahí, en silencio, en la gran paz del anochecer.

La hija seguía conservando la flor amarilla. La fue deshojando y arrojando los pétalos por la borda. Dijo:

—Al cumplir los treinta, esté conviviendo con alguien o no, tendré un hijo.

El padre no hizo comentario. La nena se iba.

Subiendo por esta calle está mi colegio, vamos a verlo —dijo el padre.

El colegio se encontraba ubicado detrás de la iglesia. Era una construcción de dos pisos, rodeada por un muro. Se ingresaba por un portón de madera.

—Mis otros viajes coincidieron con vacaciones o asuetos escolares. Así que no pude entrar. A lo mejor esta vez tenemos suerte.

Por encima del muro se veían los balcones todo a lo largo del primer piso.

—A esos balcones nos sacaban a los alumnos cuando pasaba el funeral de algún caído en los enfrentamientos con los partisanos. Debíamos hacer el saludo fascista. Y todos en la calle también debían saludar. Si alguno se hacía el distraído terminaba mal. Una vez vimos cómo le daban una paliza a un hombre. Nosotros en los balcones, con el brazo levantado, y allá abajo el tipo tirado en el suelo mientras lo pateaban entre tres.

El portón se abrió, apareció una pareja con una nena y una monja. Se quedaron charlando.

—Vení —dijo el padre—. A ver si puedo presentarte al escolar que fui.

Se acercaron. Cuando la pareja y la nena se despidieron y se fueron, el padre le habló a la monja antes de que volviera a cerrar. Le explicó que había sido alumno en ese colegio, le contó su historia de emigrante. Recordaba el nombre de su maestra: sor Emiliana.

—La conozco muy bien —dijo la monja—. La trasladaron hace años. Ya no ejerce.

El padre estuvo a punto de decir: «¿Todavía vive?». Pero se dio cuenta de que era inapropiado y se contuvo. Intentó calcular qué edad podría tener sor Emiliana.

—Quería que mi hija conociera el colegio.

La monja resultó amable, los invitó a entrar.

Apenas pasado el portón seguía estando la fuente con peces de colores y el chorro de agua en el centro. A la izquierda, el patio, grande y arbolado. El padre se detuvo unos segundos, cerró los ojos, los volvió a abrir:

—Nada cambió.

Cruzaron una puerta. La monja se detuvo y esperó que ellos eligieran hacia dónde querían dirigir sus pasos. Recorrieron el pasillo de la planta baja, amplio, inundado de la luz que entraba por los ventanales. El padre creyó reconocer el olor. En realidad, olor a nada, a limpio. De un lado, los ventanales, del otro las puertas que daban a las aulas, todas cerradas. En un extremo estaba el salón de recreo. Se asomaron.

—Acá veníamos a jugar cuando llovía o nevaba.

Regresaron hacia el otro extremo, donde estaba el salón comedor: las mesas largas, los bancos. Ahí el olor cambiaba. Al padre le trajo a la memoria los tazones de sopa de arroz, una sopa espesa, la odiaba.

En el comedor había un palco escénico.

La monja los había seguido a pocos pasos de distancia.

—En mi época se representaban obras teatrales. Obras escritas entre las maestras y los alumnos. Actuaban los alumnos —le dijo el padre.

—Todavía lo hacemos —contestó la monja—. Un par de veces al año.

—¿Podemos sentarnos unos minutos acá?

La monja dijo que sí:

—Estoy al lado, en la primera puerta, la única que está abierta.

Se sentaron.

—¿Vos también actuabas en las obras de teatro? —preguntó la hija.

—Parece que no servía como actor. Tampoco me incluían en el coro. Una única vez me dieron un papelito en una obra, fue para una Navidad. En realidad solamente debía pronunciar un par de frases mientras cruzaba el escenario con una compañera. Ella me contestaba algo. Éramos una pareja de pastores, nos dirigíamos al establo donde había nacido el Niño Jesús, debíamos mirar hacia arriba, al cielo. Las frases eran en dialecto. Se referían a lo mucho que estaba nevando. Pero no llegué a pronunciarlas.

—¿Qué pasó?

—Esa tarde en el cine daban una película que no quería perderme por nada del mundo. Ya tenía calculado que haría mi entrada de pocos segundos y luego saldría corriendo. Me sobraba tiempo. Pero resultó que el comienzo del espectáculo se fue demorando, y se seguía demorando, no arrancaba nunca, yo preguntaba la hora a cada rato. Finalmente me di cuenta de que si seguía esperando un poco más ya me sería imposible llegar para el comienzo de la película. Así que me escapé.

—¿Y los dejaste plantados?

—Sí.

—¿Le avisaste a tu compañera?

—No.

—¿Cuál era la película?

—*El ladrón de Bagdad*. Historias y personajes extraídos de *Las mil y una noches*.

—¿Y no te castigaron?

—Era justo antes de Navidad. Después de ese día creo que venían unas semanas de vacaciones. Pasó. Se habrán olvidado.

—La que no se debe de haber olvidado fue la que tenía que subir al escenario con vos. Se quedó sin actuar. ¿Tampoco ella te dijo nada cuando volvió a verte?

—No me acuerdo.

—¿Había alguna compañera que te gustaba?

El padre sonrió.

—No sé si me gustaba alguna. Seguramente sí.

—O más de una.

—¿Y eso a qué viene?

—Nada, nada. Olvidate.

—Decime.

La hija rió divertida.

—A lo mejor ya estabas empezando tu colección de amigas.

El padre se levantó. Permaneció parado, pensando.

—Una vez pasó algo.

Fue a ubicarse frente al palco escénico, se desplazó despacio y volvió a sentarse.

—Creo que fue por acá, en este costado.

—¿Qué cosa?

—Me acuerdo de que instalaron una pantalla sobre el escenario y proyectaron una película. Cine mudo, tal vez Chaplin. Estábamos casi a oscuras. A mi lado se había sentado una compañera. En algún momento me tomó una mano entre las suyas y todo el tiempo me la estuvo acariciando.

—¿Durante toda la película?

—Sí.

—¿Y vos qué hiciste?

—Nada.

—¿Y cómo te sentiste? ¿Te acordás?

—Me sentí cuidado.

—¿Cuidado?

—Cuidado, protegido. Eso lo recuerdo bien. A veces me vienen a la memoria esos momentos en la penumbra como algo muy especial, fuera de todo, un lugar de privilegio.

—De privilegio.

—Me gustaría volver ahí.

—¿Y después de ese día qué pasó con ella?

—No sé. Ni siquiera me acuerdo de su nombre. En casa tengo una foto con los compañeros y compañeras. La foto clásica. Una fila sentados en el piso, otra en sillas, otra de pie, y la última seguramente parados sobre bancos. Más de una vez me puse a mirarla tratando de identificar a aquella compañera.

—Y no la encontraste.

—No.

Se levantaron y salieron al pasillo. La monja estaba sentada detrás de un escritorio.

—¿Podremos subir al primer piso? Me gustaría ver mi aula y mostrársela a mi hija.

—En este momento están en clase.

Se atrevió a insistir:

—Quizá podamos echarle una mirada desde la puerta.

—Probemos —dijo la monja.

Los precedió por la escalera. También esa escalera le trajo recuerdos, las bajadas en desbandada al terminar las clases, los empujones, los gritos. Llegaron arriba.

—¿Cuál era su aula?

—Aquella, la última.

—Voy a consultar.

Golpeó, entró y cerró. Pasaron unos minutos.

—La madre superiora, una monja vieja, venía a veces al aula y nos contaba unas historias horripilantes —dijo el padre.

—¿Te acordás de alguna?

—No, pero eran terroríficas, con seres humanos que eran iguales que demonios, raptos de chicos, encierros y castigos en lugares tenebrosos. Seguro que merecerían censura.

Volvió a aparecer la monja y les hizo seña de que se acercaran.

—Pueden mirar.

Cuando se asomaron, veinte o treinta cabezas de chicos y chicas giraron hacia ellos. El padre las recorrió con una mirada rápida y fue como verse a sí mismo en cada banco. Todos eran él. En todos la misma expresión ávida y grave. Imposible definir el sentimiento que lo invadió. No hubiese encontrado las palabras. Estaba en su viejo colegio, en la puerta de su aula, junto a él tenía a su hija, frente a él aquellas miradas inquisidoras, sintió una especie de vértigo, igual que si se hubiese asomado a un precipicio, y desde el fondo subiera un viento que lo envolvía en embestidas sucesivas de violencia y también de sosiego, y todas esas caras de niños y niñas se convertían en un rostro único, y en ese rostro unos ojos que lo observaban con comprensión y con piedad, y un pensamiento, uno solo, que se mantuvo vivo en su cabeza mientras estuvieron ahí: la luz que todavía asistía sus días provenía de la reserva acumulada en la infancia, después todo fue desgaste.

Era el día de la despedida. A la mañana siguiente tomarían el ómnibus para la estación y luego el tren a Milano. Desayunaron en el hotel.

—Te propongo una caminata —dijo el padre.

—Bueno —dijo la hija—, no hicimos otra cosa que caminar.

—Una más.

Cruzaron uno de los puentes y emprendieron la subida por un camino asfaltado. Pasadas las primeras curvas ya no vieron casas. Solo bosque a derecha e izquierda. Se encontraron con unas cuantas lápidas recordatorias de los caídos en la lucha contra los fascistas y los alemanes. Se detuvieron a leer los nombres, las fechas y los textos. En algunas estaba la foto. Había dos de mujeres.

—Hubo una época en que teníamos tiroteos todas las noches.

De tanto en tanto, del otro lado del valle, sobre las cuevas, descubrían la mancha clara de un poblado con el campanario puntiagudo sobresaliendo. Se detuvieron una vez a descansar unos minutos. Hacía casi dos horas que estaban subiendo. Ya no podían ver el lago.

—Espero no haberme equivocado de camino —dijo el padre.

—¿Adónde vamos?

—A un caserío donde estuvimos con mi madre unos días antes de partir. Fuimos a despedirnos de alguien, creo que eran unos primos suyos.

—¿Por qué querés ir?

—Me dieron ganas de volver a ver ese lugar.

Anduvieron un buen rato más y después de una nueva curva apareció un puñado de casas, no serían más de treinta, todas similares, grises, paredes de piedras, planta baja y primer piso, todas a la derecha del camino. Del otro lado la montaña bajaba abrupta. Había un murito de contención. No vieron gente. No solo las puertas, también la mayoría de las ventanas estaban cerradas.

—Creo que era por acá —dijo el padre.

—Parece un lugar abandonado.

De pronto un ser vivo, un hombre dándoles de comer a unos pollos y a unos pavos. Más adelante, una vaca con un cencerro. Al final del grupo de casas, una construcción cuadrada que no tenía aspecto de vivienda. En efecto, sobre la puerta un cartel desdibujado decía: «Escuela». Puerta y ventanas cerradas.

—Volvamos un poco —dijo el padre—, me pareció que una de las casas tenía aspecto de bar.

Regresaron, se asomaron y en efecto se encontraron con un local en penumbra, austero. Media docena de mesas, un mostrador y estantes con botellas, no muchas. Al fondo, una chimenea con leña apilada a un costado. Una escalera de madera que llevaba al piso de arriba. En las paredes, algunos viejos afiches publicitarios de bebidas: aperitivos, gaseosas. Golpearon las manos. Apareció una mujer: flaca y alta,

pollera larga y negra, gruesas arrugas surcándole la cara. Saludó y quedó esperando, como sorprendida. Le preguntaron si podían tomar algo. Dijo que sí, que se sentaran. Pidieron dos tazas grandes de café. La mujer se fue por una puerta y volvió un rato después con el café.

—No los oí llegar, ¿dónde dejaron el coche?

—Subimos a pie.

La mujer puso cara de asombro:

—¿A pie? Ya nadie camina en estos tiempos.

—Es verdad, anduvimos bastante desde que llegamos, casi no nos encontramos con gente caminando.

—¿Son turistas?

—No.

—Pero no son de estas zonas.

—No, venimos de lejos.

La mujer se quedó mirándolos. Quizás esperaba alguna aclaración. No la recibió. No hizo más preguntas.

Apareció un hombre en la entrada, traía un canasto de mimbre y se lo entregó a la mujer. No se veía el contenido porque estaba cubierto con hojas verdes. Intercambiaron un par de frases. El hombre se fue.

—Hongos —dijo la mujer cuando pasó junto a la mesa.

Quitó las hojas. Había hongos de diferentes tipos. La mujer los fue señalando y nombrando. Explicó cómo se preparaban. Algunos se cortaban en fetas y se ponían a secar al sol, se guardaban para comerlos en invierno. Tomó uno, lo mostró, lo olió, volvió a depositarlo en el canasto con cuidado.

—Lindos —dijo el padre.

—También los hay venenosos. Es necesario conocer.

La mujer se fue hacia el fondo. Regresó, se sentó cerca de una ventana y se puso a tejer.

—No se ven muchas personas por acá —dijo el padre señalando hacia la puerta.

—Somos pocos, señor —dijo la mujer—. Los jóvenes se marchan. Solamente quedamos los viejos. Cuando nos vayamos muriendo ya no habrá nadie. Muchas de las casas están vacías.

—Vimos la escuela. Parece cerrada.

—Apenas funciona. Tiene cuatro alumnos. Todos de diferentes edades. Viene una maestra a dar clase, los puso juntos. Tengo dos hijos, se fueron lejos hace tiempo, a las grandes ciudades. Al mayor hace años que no lo vemos, manda una tarjeta para las fiestas, felicidades, recuerdos, y nos cuenta todo lo que se compraron en los últimos meses. El otro a veces sube a visitarnos. Muy de tanto en tanto. Viene él solo. No se queda mucho, unas horas. Se sienta acá, come algo, habla con nosotros, con algún vecino, lo oigo decir: «Somos tres de familia, tenemos una muy buena casa, un aparato de televisión en cada habitación, cinco coches, cada cual el suyo para ir al

trabajo, los otros dos para los fines de semana, mi hijo además tiene dos motos último modelo, ¿qué más se puede pedir?». Eso es lo que le oigo decir.

La mujer calló. El padre se sintió obligado a hacer algún comentario.

—Bueno, parece que a sus hijos les ha ido bien —dijo.

—Están conformes, orgullosos, no hacen más que jactarse de lo que tienen. Yo ni abro la boca, pero siento pena por ellos. ¿Para qué tantos televisores, tantos coches, tantas motos? ¿De qué les sirven? ¿Esa es la vida para ellos? Me dan tanta pena como estas casas abandonadas, los frutales abandonados, los animales abandonados, todo abandonado. En fin, cosas de vieja, señor.

El padre asintió, dejó pasar unos segundos, después trató de explicarle a qué habían venido, buscaban una casa, no tenía idea de cuál podía ser.

—Solamente me acuerdo de un nombre: Pierina. Era amiga de mi madre.

—Ah, sí, la Pierina —dijo la mujer—. Vivían más arriba, es una casa aislada del resto, tampoco ahí queda nadie, también está cerrada.

El padre agradeció y pagó. La mujer los siguió hasta la puerta. Del otro lado del camino, en el murito, había una abertura y a continuación un sendero que bajaba.

—¿Adónde lleva ese sendero? —preguntó el padre.

—Va por los bosques, después vuelve a juntarse con el asfalto.

Encontraron la casa pasada otra curva. Se parecía a todas. Alrededor quedaban restos de una cerca de madera. Lo que seguramente había sido un jardín o una huerta estaba invadido por hierbas altas y arbustos. Frente a la casa, cruzando el camino, también acá la cuesta bajaba bruscamente durante un tramo, pero luego se suavizaba y se iba formando un vallecito. Del otro lado el terreno volvía a subir y culminaba en una gran masa rocosa que recordaba una fortaleza.

—Sí —dijo el padre—, fue acá.

Contó. Los mayores se quedaron adentro charlando y él y una chica que debía llevarle un par de años salieron. El vallecito que ahora estaban viendo era todo plantas de cerezos. Ese había sido un año excepcional. Las ramas estaban cargadas de frutos, ahí abajo era una mancha uniforme, un explosión de rojo bajo el sol. Así lo recordaba. Daban ganas de lanzarse por la cuesta y zambullirse en ese rojo. Y eso hicieron la chica y él. Bajaron a los saltos, cruzaron el terreno entre los árboles cargados, remontaron la cuesta de enfrente, se detuvieron junto a uno de los cerezos y treparon. Se instalaron cada uno en una rama. Desde donde estaban podían ver hacia abajo el vallecito y del otro lado, subiendo, la casa. Era un gusto grande estar ahí. Creía recordar que se reían, vaya a saber de qué, pero reían, solidarios y felices. Se quedaron entre las ramas —le parecía— toda esa tarde, comiendo cerezas y hablando.

La hija había cerrado los ojos. Dijo que estaba tratando de verlos, ellos dos allá arriba en medio de ese rojo, era una imagen feliz.

—¿De qué hablaban?

—Me gustaría acordarme. Sé que hubiese querido que eso no terminara. Que no terminara nunca. Y cuando desde la casa nos llegaron los gritos llamándonos sentí

una gran pena. Eso sí lo tengo bien presente. Pena al saber que dentro de unos minutos me despediría de mi amiga de esa tarde y nunca más volvería a verla, que era una despedida definitiva.

Regresaron hasta la casa que era bar y cruzaron la abertura en el murito. Tomaron por el sendero y bajaron a través de los bosques. El suelo estaba cubierto de rizos de castañas. Se detenían para mirar alrededor y disfrutar de la calma a la que no alteraba siquiera el vuelo de un pájaro. Casi no hablaron durante aquel trayecto. Solo muy de tanto en tanto uno de los dos decía algo, el otro contestaba, frases breves, aisladas. Y era como si el lenguaje en que eran proferidas esas pocas frases acabara de ser creado y resonara nuevo, inaugural, en el gran silencio y el aire puro de la montaña. Esa era la impresión que durante todo ese tiempo acompañaba al padre.

Junto al sendero comenzó a correr un arroyito que apareció de pronto, surgido de la nada. El sendero se desvió y ellos lo abandonaron y siguieron el curso del agua. Llegaron a una cascada. El cauce no era gran cosa, pero la caída tenía muchos metros y daba gusto verla desde arriba. Se sentaron sobre una roca, con las piernas colgando. En algún momento la hija se levantó y se alejó. Buscaba algo.

—Por acá se puede bajar —le gritó.

—Tené cuidado —gritó el padre.

La vio descolgarse tomándose de los salientes de las rocas y una vez abajo remontar el arroyo hasta llegar a la base de la cascada. Se inclinó y bebió agua.

El padre permaneció sentado, observándola durante un largo rato. Pensó: «Un momento perfecto». Fue girando la cabeza, miró hacia arriba y hacia abajo el bosque profundo, miró el cielo, volvió a la hija. «Perfecto. ¿Cómo preservarlo, cómo apresarlos?»

Decidió bajar también y fue a reunírsele. Tampoco ahora hablaron.

Después, ella, acuclillada, fue levantando varias piedras. Algunas las extrajo del agua. Las observaba con atención, las daba vueltas en las manos. Seleccionó dos. Eran similares, blancuzcas, ovaladas, del tamaño de limones. Apuntó con el dedo a la parte alta de la pared rocosa, al costado de la cascada.

—Allá arriba hay una hendidura.

—La veo.

—Voy a colocar estas piedras ahí adentro. Una para vos, otra para mí.

Se colgó la mochilita hacia adelante, metió las piedras.

—Subo.

—Con cuidado.

Comenzó a trepar. Llegó arriba, se sostuvo con una mano y con la otra fue sacando las piedras. Bajó.

—Ya está. Es una grieta profunda, las puse bien adentro, una junto a la otra.

Se la notaba satisfecha, le brillaban los ojos como una nena que hubiese cometido una travesura. Se quedaron ahí, mirando para arriba. El padre se preguntó si se trataba de una ocasión como para decir algo. Algo que sonara importante. Decir por ejemplo: «A partir de ahora esas dos piedras quedarán allá arriba para siempre». Pero

inmediatamente, cuando estuvo a punto de abrir la boca, sintió que era una puerilidad. Pensó: «En tu hija este juego de las piedras suena natural, suena verdadero, es verdadero, pero no es cuestión de que vos conviertas en trivial el momento que están viviendo poniéndote pueril y tonto y grave y solemne».

Se estaba negando a algo a lo que tenía deseos de entregarse y se preguntó el porqué de tanta resistencia. Lo que debía hacer era abandonarse y en todo caso volverse tonto y grave y solemne. Eso era lo mejor que podía pasarle, lo mejor, ablandarse alguna vez en su vida.

La hija sacó su discman de la mochila y se colocó los auriculares. Después de un rato se los quitó y se los pasó al padre.

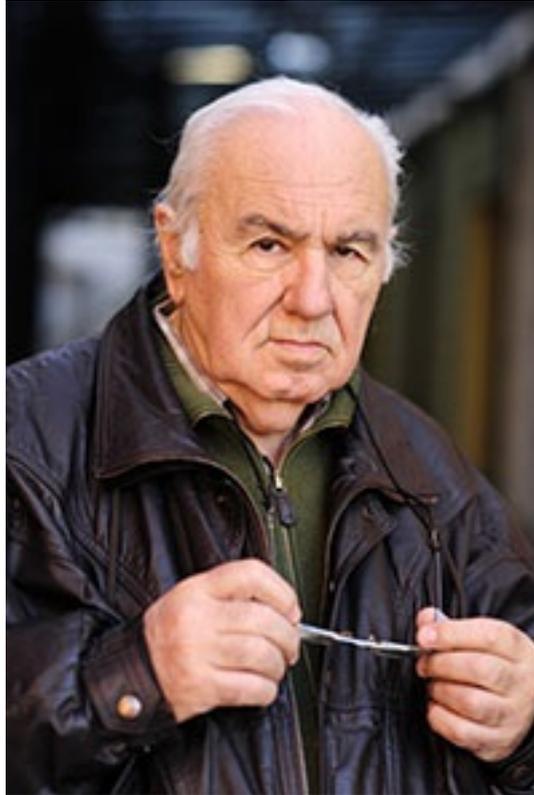
—Mirá el paisaje escuchando esta música.

El padre se los colocó y la música lo inundó y en cuanto lo rodeaba hubo un cambio. Era como si nunca hubiese escuchado música, como si acabara de descubrirla. La música era una mansa y secreta exaltación, tomaba posesión del paisaje y él tomaba posesión junto con la música. Empezó a ver cada detalle de cuanto los rodeaba en el mismo estado de pureza de las pocas frases pronunciadas mientras venían bajando a través de la calma de los bosques. Permaneció así, suspendido. La cascada, sin el estruendo de la caída, era un silencioso estallido de luz. Veía el agua huir entre las piedras, veía un arbusto salpicado y las gotas colgando de las hojas, le parecía poder diferenciar cada una de las gotas en cada hoja. Y lo que estaba más allá, subiendo la cuesta de enfrente: fuertes troncos rectos, troncos inclinados, entrelazados, troncos caídos cubiertos de musgo, manchas de sombras violáceas, manchas de claridades, pequeñas flores amarillas y blancas, la variedad de rojos y dorados del suelo tapizado de hojas caídas, colores, colores. Todo se le ofrecía nítido y próximo, no recordaba haber experimentado en alguna otra oportunidad semejante acercamiento a las cosas. «Calma y fuerza», pensó. Dos términos para definir esa soberanía impuesta por la música. Sentía la presencia de la hija a su lado. Estaban juntos, bajo una caída de agua escondida en el corazón de la montaña, y tenía la sensación de que ellos eran los primeros seres humanos en llegar a ese lugar. Y entonces lo dijo y ya no le pareció ni trivial ni tonto.

—A partir de ahora esas dos piedras van a quedar allá arriba para siempre.

Lo dijo sin quitarse los auriculares, sin dejar de mirar al frente, por lo tanto no pudo saber si ella había escuchado. Lo repitió, elevando bastante la voz, casi gritando, en realidad gritando, y luego de nuevo y de nuevo y de nuevo, liberado de un gran peso, de un gran cansancio. Y finalmente una vez más, ahora en voz muy baja, susurrando, para sí mismo:

—A partir de ahora para siempre.



ANTONIO DAL MASETTO (Intra, Italia, 1938) es un escritor y periodista argentino nacido en Italia. Su familia se instaló en la ciudad de Salto (Argentina) en 1950. Durante su juventud trabajó como albañil, heladero, empleado público, vendedor ambulante, pintor, así como en la carnicería de su padre. A los 18 años se instaló en Buenos Aires.

Su primer libro de cuentos, *Lacre* mereció una mención en el premio Casa de las Américas 1964. En 1969 publica su primera novela, *Siete de oro*. Uno de sus temas principales en sus novelas es la inmigración como en *Oscuramente fuerte es la vida* o *La tierra incomparable* (premio Biblioteca del Sur 1994).

Colaborador del periódico *Página/12* de Buenos Aires desde finales de los años ochenta.

Dos de sus novelas han sido llevadas al cine: *Hay unos tipos abajo* en 1985 por los directores argentinos Emilio Alfaro y Rafael Filipelli y en 1992 *Siempre es difícil volver a casa* por el también argentino Jorge Polaco.